

# Cuestiones de hermenéutica

*Prof. Herman C. Hanko*

*Los siguientes son una serie de cuatro artículos que aparecieron en las Protestant Reformed Theological Journals de abril y noviembre de 1990, y de abril y noviembre de 1991. El Prof. Herman C. Hanko es profesor en el Seminario Protestante Reformado de Grandville, Michigan.*

## Tabla de contenidos:

1. Introducción
2. La necesidad de la hermenéutica
3. Perspectivas de la Alta Crítica hacia la hermenéutica
4. Perspectivas modernas de la hermenéutica
5. Crítica de la redacción
6. La defensa conservadora de la crítica de la redacción
7. Argumentos contra la crítica de la redacción
8. La cuestión crucial
9. Los atributos de la Escritura
10. El significado de la interpretación espiritual de la Escritura
11. Introducción a la conclusión
12. El fundamento del método gramático-histórico
13. El método gramático-histórico a la luz de la inspiración divina
14. Particularidades del método gramático-histórico

## INTRODUCCIÓN

Tal vez ningún otro tema haya dominado tanto la agenda de la Iglesia Reformada y Presbiteriana como el de la hermenéutica. Esto no sólo se debe a que en las últimas décadas se han propuesto varios métodos de interpretación que han hecho más o menos concesiones a la Alta crítica, sino a que muchas otras cuestiones a las que se ha enfrentado la Iglesia tienen sus raíces en los enfoques hermenéuticos de las Escrituras. Evolucionismo frente a creacionismo, homosexualidad, matrimonio y divorcio, mujeres en cargos eclesiásticos... todas estas cuestiones y otras más son en el fondo hermenéuticas. Las respuestas que los teólogos y las asambleas eclesiásticas han dado a estas cuestiones han dependido de cómo se interpreta la Escritura. Se ha abierto la puerta de par en par a todas las herejías dentro de la Iglesia; el evolucionismo se ha convertido casi en la única forma de enseñar la ciencia; las mujeres han sido ordenadas en los cargos de ministro, anciano y diácono; se ha condonado la homosexualidad y a los homosexuales no sólo se les ha permitido ser miembros de la Iglesia, sino que incluso han sido ordenados en cargos; y todo esto ha sucedido sobre la base de teorías específicas y concretas de hermenéutica. La forma en que uno interpreta las Escrituras ha determinado su posición en todos estos asuntos.

En muchos, si no en la mayoría, de los seminarios del país se enseñan perspectivas de la Alta crítica de las Escrituras, tanto si estos seminarios pertenecen a la tradición reformada como a la presbiteriana. Se han hecho concesiones de todo tipo concebible a la Alta crítica y han sido defendidas incluso por quienes afirman sostener la doctrina de la inspiración infalible.

Y esa es la raíz de la cuestión. Al fin y al cabo, la hermenéutica de cada uno viene determinada en última instancia por el punto de vista que adopta sobre la inspiración. ¿Cómo surgió la Biblia? Que es la Palabra de Dios no lo niega casi nadie dentro de la corriente principal del pensamiento evangélico. Que Dios se sirvió de hombres para escribir la Escritura es también demasiado obvio a partir de la propia Escritura como para contradecirlo. Pero cuando se plantea la cuestión de la relación entre la obra de Dios y el uso que hizo de los hombres para escribir las Escrituras, hay un gran desacuerdo. Cuanto mayor es el papel que se concede a los instrumentos humanos, mayor es la confianza que se deposita en la Alta crítica con sus diversas técnicas.

Y, sin embargo, uno no puede evitar tener la impresión de que el debate, en última instancia, no es un debate sobre diversas técnicas de hermenéutica; uno no puede escapar a la conclusión de que ni siquiera la doctrina de la inspiración es el verdadero punto en cuestión. Uno se ve constantemente llevado a la convicción de que, cuando todo lo demás está dicho y hecho, la cuestión es profundamente espiritual. Es decir, los debates, aunque giran en torno a discusiones académicas sobre una hermenéutica bíblica adecuada y sobre la verdad de la inspiración, llevan consigo implicaciones espirituales. Con esto quiero decir que el debate es, en definitiva, un debate sobre la *autoridad* de las Escrituras.

Ahora bien, esto es en sí mismo una cuestión académica, por supuesto. Pero la cuestión es que cuando uno empieza a hablar de la autoridad de la Escritura, se enfrenta al hecho de que la Escritura no es como cualquier otro libro. No viene a nosotros para que la verifiquemos. No nos presenta su caso para que lo examinemos sobre la base de pruebas externas a ella para saber si debemos creerla o no. No es un texto de filosofía de la historia que presenta puntos de vista sorprendentes sobre cómo hay que explicar la historia, puntos de vista que están abiertos al examen y al cuestionamiento. Es la Palabra de Dios que llega al hombre con el “Así dice el Señor.” Lleva consigo la autoridad del mismo Dios soberano ante el que todos los hombres deben inclinarse con humildad. De ella depende la cuestión del cielo o del infierno. Esta es la

cuestión espiritual básica y subyacente que está en juego. ¿Te inclinarás humildemente ante la autoridad de Dios? Hasta cierto punto, las cuestiones hermenéuticas son cortinas de humo para ocultar la cuestión más básica. O, dicho de otro modo, se proponen diversas teorías en el campo de la hermenéutica y la inspiración para escapar a la autoridad imperiosa e ineludible de la Palabra de Dios.

Nuestro principal propósito al escribir sobre estas cosas es positivo. Aunque habrá que prestar cierta atención a los modernos puntos de vista de la alta crítica sobre las Escrituras, nos interesa presentar principios de hermenéutica que puedan ser utilizados por el hijo de Dios al estudiar la santa Palabra de Dios.

Esto último es importante. Si las teorías modernas de la hermenéutica se utilizan en el estudio de la Escritura, la Escritura queda efectivamente fuera de las manos del pueblo de Dios como un libro incapaz de ser entendido excepto por aquellos que son expertos en aplicar, por ejemplo, la crítica literaria-histórica a la interpretación bíblica. Esto es un gran mal y ha sido, al menos en parte, la causa del desinterés por los estudios bíblicos entre los que se sientan en los bancos. Muy razonablemente, el pueblo de Dios argumenta que, si se requiere pericia para entender la Palabra de Dios, no tiene mucho sentido tomarse el tiempo y disipar la energía necesaria para acudir a la Palabra de Dios por sí mismos. Es mejor dejar estas cuestiones esotéricas en manos de los expertos. Si, por ejemplo, Génesis 1 no significa lo que dice, ¿para qué leerlo? Pero esto es una negación de la gran verdad de la Reforma del sacerdocio de todos los creyentes.

Nuestra intención de ser principalmente positivos establece algunas limitaciones en este estudio. Aunque tendremos que decir algunas cosas sobre la doctrina de la inspiración, no pretendemos examinar esta cuestión en detalle.<sup>1</sup> Además, aunque tendremos algunas cosas que decir sobre las teorías modernas de la hermenéutica, no pretendemos ni describirlas en detalle ni analizarlas completamente. En la medida en que las describimos y discutimos, lo hacemos sólo para demostrar lo que tales teorías han hecho a la inspiración de la Escritura y a la hermenéutica adecuada.

Hay muchas cosas que necesitan ser dichas. Si otros se levantaran y las dijeran, estos artículos no tendrían que ser escritos. Pero la prensa eclesiástica guarda un extraño silencio sobre estas cuestiones y, en la medida en que se discuten, parecen inadecuadas para responder a los mordaces ataques de la crítica superior. Sólo de vez en cuando y en lugares inesperados se puede encontrar lo que es una respuesta aceptable a la Alta crítica y lo que constituye una hermenéutica que el hombre en el banco es capaz de utilizar. Para ayudar al hombre de a pie, nos ocuparemos de este tema.

La Palabra de Dios es una lámpara para nuestros pies y una luz en nuestro camino. Este es el canto del salmista en el Salmo 119:105. Todo hijo de Dios, ya sea un niño pequeño o un patriarca anciano, ya sea un padre agobiado por las responsabilidades del hogar o un estudiante en la universidad, ya sea un santo atrapado en medio de la persecución o luchando contra la falsa doctrina y los ataques del maligno, todo hijo de Dios canta esta canción del salmista triunfante y alegremente. Si no puede cantarlo, su vida se reduce a la desesperación. Debe tener la confianza de llevar consigo la Palabra de Dios dondequiera que vaya, ya sea al cementerio o a su lugar de trabajo. Debe sentirse reconfortado cuando otros intenten arrebatarle la Palabra de Dios de las manos. Debe estar seguro de que puede entender la Biblia tan bien como cualquier teólogo, porque “la unción que vosotros habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que, así como la unción misma os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como os ha enseñado, permaneced en él” (I Juan 2:27).

Que el pueblo de Dios en todas partes esté persuadido de que la Palabra de Dios es verdaderamente la luz que necesitan en el camino de la vida, que brilla clara y brillantemente para ellos, que nadie necesita enseñarles, y que caminando en el camino de esa Palabra hay gozo y paz.

## LA NECESIDAD DE LA HERMENÉUTICA

Desde cierto punto de vista, el hijo de Dios no necesita instrucción en hermenéutica. Si la hermenéutica es la ciencia de la interpretación bíblica, se deduce de la propia naturaleza de la Escritura que no es necesaria ninguna instrucción formal para que un santo regenerado pueda entender lo que Dios dice en Su Palabra. Innumerables santos a lo largo de los siglos han leído la Palabra de Dios sin saber nunca la primera cosa sobre hermenéutica, sin siquiera haber oído la palabra. Han leído la Escritura, han entendido lo que Dios les decía con toda claridad y han llevado esa Palabra a sus corazones.

Es cierto que enseñamos hermenéutica en el Seminario como un curso obligatorio para los futuros ministros del evangelio. Los estudiantes están obligados a aprender los principios de la interpretación bíblica y a aplicarlos a las Escrituras. Pero si ellos, con su aprendizaje adquirido, piensan que por estos estudios han ganado una ventaja sobre el pueblo de Dios, están tristemente equivocados.

Siempre ha sido un principio de la Reforma Protestante contra el Catolicismo Romano que la Escritura es fácil de entender. Objetivamente, la Escritura es perspicua, es decir, clara y comprensible para cualquiera que sepa leer. Subjetivamente, la verdad del sacerdocio de todos los creyentes significa que todo el pueblo de Dios tiene el Espíritu de la verdad en sus corazones para guiarlos a toda la verdad. Cualquier hijo de Dios, por lo tanto, es capaz de entender la Palabra de Dios. No importa cuál sea su edad, educación o posición en la vida, él puede saber lo que el Espíritu dice a la iglesia. No necesita que nadie le diga en una clase formal cuáles son los principios de la hermenéutica.

¿Por qué entonces hablar de hermenéutica? Parece redundante. Y, que quede claro que, en cierto sentido, la instrucción en hermenéutica *es* redundante. El hijo de Dios, guiado por el Espíritu, sabe, por así decirlo, instintivamente, intuitivamente, sin poder dar cuenta de ello, lo que enseñan las Escrituras. Si se le pregunta qué significa un pasaje determinado, podrá decírselo. Si le preguntas cómo puede entender la Biblia, qué principios de hermenéutica ha aplicado a su estudio, normalmente no te lo podrá decir. La Biblia es, desde ese punto de vista, como cualquier otro libro. Si puede leer cualquier cosa escrita en la lengua que habla, puede leer la Biblia. Si puede entender lo que transmite la lengua que utiliza, puede entender lo que dice la Biblia. La Biblia significa lo que dice. El significado literal de la Palabra de Dios es el correcto, como solemos decir.

Todo esto no significa que las Escrituras no sean inagotables en su verdad. Ciertamente lo son. La perspicuidad de la Escritura, como veremos, no significa que la Escritura sea superficial y vacía de contenido. La perspicuidad es parte de la maravilla del milagro de la Escritura. Esto puede ilustrarse fácilmente. Uno de los pasajes más sencillos de la Escritura es Lucas 2:7: “Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.” Mientras que un niño muy pequeño es capaz de entender este pasaje de la Escritura sin dificultad, al mismo tiempo ningún teólogo ha sido capaz de sondear sus profundidades, y se han escrito más libros de los que se pueden contar sobre esta profunda verdad del nacimiento de Cristo.

¿Por qué entonces estudiamos hermenéutica?

La respuesta es muy limitada. Todo lo que la hermenéutica hace realmente es cristalizar, sistematizar y articular principios que son intuitivos para todo hijo de Dios. Cuando un hijo de Dios oye, tal vez por primera vez, cuáles son los principios de la hermenéutica, su respuesta debería ser (y será, si la hermenéutica es correcta): “Eso ya lo sabía desde siempre.” Aclara y hace consciente lo que siempre se ha supuesto. La hermenéutica no tiene nada nuevo que decir, nada nuevo que comunicar, nada nuevo que dar información a un hombre que ha sido un estudiante serio de la Sagrada Escritura.

Esto es humillante, como debe ser. El dominio de un curso de hermenéutica no le da a un hombre una posición de superioridad sobre el pueblo de Dios. No le da una visión de las Escrituras que el hombre en la banca no pueda obtener por sí mismo con una atención cuidadosa y diligente a la Palabra de Dios. No lo coloca en una clase aparte, como poseedor de un cuerpo de conocimiento que los santos de Dios no pueden adquirir sin el mismo curso formal. No pone en su posesión una llave para abrir el tesoro de las Escrituras, llave que nadie más tiene que no haya tomado sus cursos de postgrado. Si él piensa que sí, no pertenece al púlpito. Posee una arrogancia que lo incapacita para ser maestro en Israel.

## **PERSPECTIVAS DE LA ALTA CRÍTICA EN HERMENÉUTICA**

Debemos decir algo acerca de varias teorías que han sido propuestas en hermenéutica, si no es por otra razón que nos ayudará a ver lo que otros han hecho para destruir cualquier interpretación apropiada de la Palabra de Dios, para que podamos evitar estos males como la peste.

Todos los puntos de vista de la alta crítica tienen sus raíces en la filosofía moderna.

La filosofía moderna, comenzando con Descartes, era racionalista; es decir, apelaba a la mente humana como el estándar y árbitro de la verdad. Como reacción a la filosofía de síntesis de los escolásticos, estableció una distinción entre filosofía y teología. La filosofía era el dominio de la razón; la teología era el dominio de la fe. La filosofía respondía a las cuestiones básicas del universo, del hombre y de su capacidad de conocer; la teología extraía su material de la Biblia.

Los primeros filósofos del periodo moderno mantuvieron, al menos en apariencia, su ortodoxia y filosofaron en un ámbito separado de su teologización. Se aferraban, por así decirlo, a dos conjuntos de verdades: una adquirida por su razón al sondear los misterios del universo, y otra adquirida mediante el estudio de las Escrituras. Se esperaba que ambas no entraran nunca en conflicto, que de hecho la filosofía pudiera servir de baluarte a la teología, de fundamento a la fe, de justificación racional a la verdad bíblica. Pero el conflicto entre ambas no les preocupaba demasiado.<sup>2</sup>

Esto no podía seguir así. Era una falsa dicotomía en el conocimiento. Las cuestiones de la filosofía se referían a cosas últimas que implicaban necesariamente cuestiones teológicas. Y la mayoría de las veces las conclusiones de la razón entraban en conflicto directo con la teología de las Escrituras. Así que había que encontrar algún tipo de solución. Ningún hombre puede, en última instancia, vivir con tales conflictos y ser serio en lo que cree.

Los filósofos comenzaron, por lo tanto, a dirigir su atención a las cuestiones teológicas. Pero el punto de vista, la perspectiva, el enfoque era el de la razón, pues los filósofos estaban comprometidos con la autonomía de la razón humana. Tanto si se trataba de los filósofos racionalistas continentales como de los empiristas de Inglaterra, la razón era el criterio de la verdad. Lo que cumplía los criterios de la razón del hombre podía ser aceptado; lo que no superaba la prueba de la razón del hombre tenía que ser rechazado. Y era inevitable que, a medida que se hacían esfuerzos por cuadrar la teología con la filosofía, los filósofos dirigieran su atención a las Escrituras y a la doctrina de la inspiración.

Lo triste de todo esto es que sus puntos de vista encontraron fácil aceptación en la Iglesia. La insidiosa influencia del racionalismo devastó a la Iglesia, en parte porque estos racionalistas profesaban la ortodoxia en cuestiones de fe, y en parte porque la propia Iglesia había entrado a finales del siglo XVII y en el XVIII en un período de ortodoxia muerta que la hacía vulnerable al racionalismo.

Merece la pena mencionar algunas de estas primeras ideas.

El deísmo, que surgió principalmente en Inglaterra, pero se extendió al continente, hablaba del universo como un sistema cerrado, que funcionaba según sus propias leyes. Era, por así decirlo, un mecanismo creado por un Creador divino, del mismo modo que un relojero fabrica un reloj capaz de funcionar por sí mismo después de darle cuerda. Así pues, Dios creó el universo con sus propias leyes de funcionamiento, de modo que ya no era necesaria ninguna interferencia divina. Todos los fenómenos de la creación podían explicarse en función de las leyes por las que funcionaba.

Es evidente que esto excluye gran parte de la fe cristiana. Por tanto, los deístas atacaban la exactitud de las Escrituras en los hechos históricos y los milagros de los que hablaban las Escrituras, pues eran incompatibles con los supuestos del deísmo. No es difícil ver que los evolucionistas teístas, si se les puede llamar así, son básicamente deístas en su confianza en las observaciones científicas como explicación del origen del universo.

También en el siglo XVIII surgió una escuela de pensamiento que postulaba la noción de una religión natural. Leibnitz y Christian Wolff hablaron de una religión natural independiente de las Escrituras y basada en observaciones y pruebas científicas. Era una religión que no se formulaba mediante el estudio de las Escrituras, sino que expresaba simplemente qué elementos de la divinidad se encontraban en el estudio del universo. Lessing, en Alemania, llevó esta idea un poco más lejos y habló del hecho de que todas las religiones del mundo eran evidencias de esta religión natural y, por tanto, tenían valor para nosotros hoy en día. Y Herder incluyó en la historia de esta religión natural, la Biblia que registraba las antiguas religiones del pueblo judío especialmente. El mal de esta posición era que negaba la verdad de la revelación y se negaba a creer que el origen de la religión del pueblo judío y de la iglesia tuviera su origen en la revelación divina.

Immanuel Kant, el influyente filósofo alemán de Königsburg, influyó más que ningún otro en la Alta crítica. Habló del intelecto humano como limitado en su adquisición de conocimiento por el tiempo y el espacio, de modo que era incapaz de conocer nada en absoluto más allá de esta creación presente y del tiempo y el espacio que la limitan. Era un agnóstico intelectual y descartaba cualquier conocimiento de las cosas espirituales. Sin embargo, aunque echó a Dios por la puerta principal del universo, intentó arrastrarlo de nuevo por la puerta trasera. Habló del hecho de que todos los hombres podían conocer a Dios a través del "Tú debes" de la ley moral de Dios. El resultado de esto fue la noción de que la religión no es más que

moralidad. La encarnación de nuestro Señor Jesucristo, por ejemplo, no es más que la personalización de la idea moral tal como es en Dios. Y la Iglesia es una sociedad moral para formar a los hombres en una vida moralmente recta. La Escritura no es el registro escrito de la revelación de Dios, sino una lección de moral que nos ha llegado de los pueblos antiguos en sus propias creencias supersticiosas.

Hegel y Schleiermacher siguieron en cierta medida estas ideas de Kant. Hegel era un idealista filosófico y un panteísta teológico. En su pensamiento Cristo no era sino la más alta conciencia de Dios que podía encontrarse entre los hombres. La historia es el ser absoluto de Dios relativizado en la creación y volviendo a lo absoluto. La conciencia es la realidad más elevada, Dios tomando conciencia en el hombre y especialmente en el Señor Jesucristo. Schleiermacher sostuvo que Dios es esencialmente incognoscible para la mente, pero llega a ser conocido a través de los sentimientos, en particular el sentimiento de dependencia. El hombre tiene un sentido indestructible de dependencia de un ser superior, y esto es esencialmente toda religión. La inspiración es realmente la santidad que viene a través del contacto con el único Ser santo. La Escritura es un libro divino-humano que es el mejor de todos los escritos cristianos, pero un producto de la iglesia en años pasados y del espíritu general en la iglesia que surge de una conciencia colectiva de Dios. Las Escrituras ya no deben considerarse de origen divino; sólo son divinas en la medida en que expresan el sentido de la divinidad en la Iglesia, ya que la comunidad de creyentes de cada época dejó constancia de sus experiencias en la religión al expresar su dependencia de un Ser superior.

A partir de todas estas nociones que prevalecían en el siglo XVIII, pronto se hizo necesario explicar cómo la Escritura podía incluir en sus registros milagros y sucesos sobrenaturales. ¿Cómo fue, por ejemplo, que la Iglesia llegó a creer que Cristo nació de una virgen, que sufrió y murió por el pecado y que resucitó de entre los muertos? David Frederick Strauss se propuso explicarlo. Estudió con Hegel y Schleiermacher y escribió *Das Leben Jesu* (*La vida de Cristo*) en 1835. En este influyente libro expuso lo que se conoció como la teoría mítica de la interpretación bíblica. La Iglesia expresaba su fe en forma de mitos por ser un modo aceptable de hablar, propicio para transmitir sus creencias a la época en que vivían. Lo milagroso en las Escrituras no es más que una forma mitológica de expresar la fe. Cristo era, pues, un simple hombre que quería reformar su nación. Poco a poco se fue convenciendo de que Él era el Mesías del que habían hablado las Escrituras del Antiguo Testamento. Al principio le alarmaba la idea, pero gradualmente llegó a aceptarla con tal fervor que estaba dispuesto a morir por ella. Era, pues, un hombre de tan alto calibre moral que estaba dispuesto a dar su vida por lo que creía.

Dos escuelas importantes surgieron durante este mismo período. La primera fue la Escuela de Tubinga de F.C. Baur. Concentrada especialmente en el Nuevo Testamento, explicaba el Nuevo Testamento en términos de diferencias básicas entre los partidos paulino y petriano en la Iglesia. El partido petriano defendía una estrecha dependencia de las leyes del Antiguo Testamento, mientras que el partido paulino quería una doctrina más nueva y radical. Toda la historia de la Iglesia apostólica debía interpretarse en función de este conflicto y de su resolución final. El resultado fue que cada libro del Nuevo Testamento fue examinado minuciosamente para determinar qué papel desempeñaba cada uno en el conflicto. Y, comprensiblemente, la mayoría de las epístolas de Pablo fueron rechazadas por ser de la autoría del apóstol de los gentiles. No es difícil ver que tal interpretación de las Escrituras no tiene nada que ver con su origen divino.

La otra escuela fue la de Graf-Kuenen-Welhausen, que se concentró especialmente en el Antiguo Testamento. Se prestaba especial atención al Pentateuco, se negaba su autoría mosaica y se explicaba básicamente como la obra de editores que lo reunieron a partir de cuatro documentos separados que habían

sobrevivido muchos cientos de años a la historia de Israel. Estos documentos se denominaban con las letras J, E, D y P.<sup>3</sup>

Estos puntos de vista sentaron las bases de toda la hermenéutica moderna.

## PERSPECTIVAS MODERNAS DE LA HERMENÉUTICA

Antes de discutir los puntos de vista específicos de los tiempos más modernos en el campo de la Hermenéutica, hay un par de cosas que deben entenderse.

En primer lugar, los puntos de vista que vamos a discutir abarcan un amplio espectro de pensamiento. Pueden situarse en una línea, en un extremo de la cual está la hermenéutica muy moderna y liberal, que básicamente niega el carácter divino de la Escritura por completo; y en el otro extremo está la visión más “conservadora” de la hermenéutica, que sostiene que la Escritura es la Palabra de Dios en su totalidad o en parte. Mi tesis es que ambas pertenecen a la destructiva alta crítica. No ignoro el hecho de que muchos biblistas “conservadores” negarían esto e insistirían en que creen en la inspiración y, de hecho, en la inspiración *infallible* de la Escritura. A pesar de estas afirmaciones, tengo la firme convicción de que pertenecen a la crítica destructiva y que deben ser repudiadas por quien sostiene que la Escritura es la Palabra de Dios. Sus renuncias no son persuasivas, y no dudamos en caracterizar sus puntos de vista como enfoques racionalistas de la Escritura que destruyen el carácter fundamental de la Escritura y despojan a la Palabra de Dios de su autoridad final.

El segundo punto que hay que señalar es que uno no tiene por qué elegir necesariamente uno de los puntos de vista que vamos a discutir como la forma preferible de interpretar la Escritura. Uno puede sostener varios de estos puntos de vista al mismo tiempo.

Uno de los rasgos más llamativos de la hermenéutica moderna es que cada año surgen nuevas teorías sobre los métodos de interpretación bíblica. Es difícil seguirlas todas. Cada nueva teoría es otro camino que se supone nos ofrece una visión de la interpretación bíblica y se convierte en otra herramienta en manos del intérprete de la Palabra de Dios para ayudar a explicar la Escritura. Pero la propuesta de una nueva teoría no significa necesariamente que se hayan abandonado las anteriores. Quienes promueven, por ejemplo, la *crítica de la forma*, pueden sostener al mismo tiempo la crítica literaria e histórica. Los puntos de vista se solapan. Se puede utilizar más de una.

Con esta nota introductoria, pasamos a analizar brevemente algunos de estos puntos de vista.

En el extremo más liberal del espectro encontramos varios puntos de vista que son bastante comunes hoy en día, aunque se propusieron hace muchos años.

Una idea muy extendida y que ha logrado una gran aceptación es la *crítica de la forma*. Aunque hay variaciones de este punto de vista, básicamente sostiene que especialmente los libros del Nuevo Testamento de la Biblia deben interpretarse en términos de escritura de lo que originalmente eran tradiciones orales. La idea es más o menos la siguiente. Durante los años del ministerio de nuestro Señor, los relatos evangélicos y los dichos del Señor se fueron formulando a medida que la gente contaba a otros lo que había visto y oído,

o lo que había recibido de otros. Estos relatos, como suele ocurrir con los relatos, se convirtieron en estereotipos y adquirieron una forma bastante fija.

Después de que el Señor muriera y fuera al cielo, estas historias y dichos circularon como unidades separadas -en varias comunidades cristianas a medida que el evangelio se extendía por todo el mundo. Algunos de ellos incluso se escribieron en documentos antiguos, que ya no están a nuestro alcance, pero que constituyen la base de los relatos evangélicos. Se supone que estos documentos explican las similitudes entre los relatos evangélicos. Una investigación de todo esto es el método utilizado para resolver el llamado “problema sinóptico”, que se refiere a la cuestión de por qué hay similitudes, pero también diferencias entre Mateo, Marcos y Lucas.<sup>4</sup>

Estas unidades de la tradición oral entraron en su período crepuscular durante los años 30 - 60 d.C. Poco a poco se fueron modificando y embelleciendo bajo la influencia de las creencias de las distintas comunidades cristianas, sobre todo con el fin de utilizarlas eficazmente para comunicar el Evangelio a otras personas ajenas a la Iglesia, y finalmente los narradores de los Evangelios les dieron forma fija.

El resultado son básicamente cuatro estratos en las narraciones evangélicas. La capa más baja son las propias palabras de Jesús y los recuerdos auténticos de sus hechos. El siguiente estrato son las aportaciones de la comunidad pospascual. La tercera capa son las contribuciones de la comunidad helenística. Y el último estrato son las aportaciones de los propios evangelistas al plasmar todas estas tradiciones en su forma definitiva.

Es tarea del crítico descubrir en el Evangelio qué partes son verdaderamente originales y auténticas.

Está claro que los esfuerzos por descubrir qué elementos de los evangelios son originales y auténticos van a estar determinados por las propias presuposiciones. De ahí que los críticos muy liberales encuentren muy poco que sea verdaderamente fiable. Un crítico llegó a decir que cuando finalmente penetremos en todas las capas y descubramos lo que es realmente auténtico, sólo podremos concluir que una vez vivió un hombre que se llamaba Jesús. Los críticos más conservadores encuentran mucho más auténtico e incluso están dispuestos a admitir que la mayor parte de lo que encontramos en los Evangelios, si no todo, es digno de confianza.

Otro punto de vista, en cierto modo relacionado con la crítica formal, es el enfoque de las Escrituras denominado *Gemeinde Theologie* o Teología de la Iglesia. Este punto de vista sostiene que la Iglesia en el momento en que se escribieron las Escrituras formuló sus creencias sobre Cristo, que incorporó a diversos documentos. Estas creencias eran la respuesta de la Iglesia a todo el discurso de Dios. La Escritura es el registro de la reacción de los creyentes a lo que Dios ha dicho en Cristo. La Escritura es una especie de confesión que la Iglesia hace de su fe. Y esto es, por supuesto, algo en lo que la iglesia todavía se compromete.

A menudo se hacía también una distinción entre *Historie* y *Geschichte*. Aunque ambas palabras alemanas pueden traducirse por “historia”, la idea de la distinción es la siguiente: *Historie* se refiere a los hechos de la historia en sí; *Geschichte* hace hincapié en el encuentro mutuo de las personas cuando participan en *Historie* y la interpretan personalmente. Esta *Geschichte* implica varios “encuentros.” Implica el encuentro original de una persona o personas con los hechos de la Historia, el encuentro del registrador que se dispone a registrar esos datos y el encuentro del intérprete. Pueden añadirse otros aspectos de dicho encuentro. La

idea de llamar a todo esto “encuentro” es que a través de todo el proceso uno se encuentra con Cristo, que viene a través del *kerigma*, es decir, el anuncio de Cristo.

Bultmann desarrolló aún más esta idea cuando habló, por ejemplo, de la resurrección de Cristo como la *Geschichte* de la *Historie* de la cruz.

Convendría detenerse un momento en esta afirmación, ya que contiene un par de elementos interesantes. Por un lado, es un ejemplo del engaño de algunos estudios críticos superiores. Si, por ejemplo, se le preguntara a un hombre si cree que la resurrección de Cristo es historia, su respuesta podría ser (y, tal vez, sería): Sí, pero lo diría en el sentido de *Geschichte* y no de *Historie*, ya que ambas palabras significan lo mismo. Así, mediante la distinción se niega la realidad histórica de la resurrección, pues el relato de la resurrección sólo tiene forma mítica. Lo que la iglesia creía respecto a la cruz; es decir, que el Mesías muerto sigue viviendo en la vida y la conciencia de la iglesia.

Bultmann fue también quien propuso una desmitologización de la Escritura para llegar a lo auténtico e históricamente factual. Interpretó que un mito era cualquier cosa contraria a la visión científica moderna del mundo de nuestro tiempo. Esto incluía la negación del concepto de un universo de tres pisos con el infierno debajo de la tierra y el cielo arriba. Incluía también la negación de la intervención de poderes sobrenaturales, incluidos demonios y ángeles. E incluía la posibilidad de milagros. Todo esto es contrario a la ciencia y no puede ser aceptado por el hombre moderno. Todo en la Escritura, por lo tanto, que habla de estas cosas debe ser considerado como mito. Y la única manera de entender la Escritura es desmitologizarla. Lo que nos queda cuando todos los mitos han sido despojados es la noción de que la cruz y la resurrección de Cristo significan que el juicio es traído al mundo con la posibilidad de una nueva vida abierta para el hombre.

Otro método bastante popular propuesto es la teoría *Sitz im Leben* de la inspiración, que debe tenerse en cuenta en la interpretación de la Biblia.<sup>5</sup> La idea de este punto de vista, aunque más enrevesada de lo que podemos explicar aquí, es que los escritores bíblicos se vieron influidos por su propia “situación en la vida”, de modo que sus propios puntos de vista culturales se incorporaron a sus escritos. Esto se ha hecho cada vez más popular en nuestros días como la opinión de que los escritores bíblicos estaban culturalmente condicionados en sus escritos. Las afirmaciones de Pablo, por ejemplo, que niegan el derecho de las mujeres a ocupar cargos eclesiásticos son sólo su condicionamiento cultural y no deben aceptarse hoy como normativas para la vida de la Iglesia.

En la hermenéutica moderna se aplican muchas técnicas diferentes a la interpretación de las Escrituras. *La crítica de la forma*, por ejemplo, se centra en la forma literaria en que nos llega la Escritura. *La crítica de redacción* subraya que los productos finales de la Escritura que tenemos en nuestro poder son obra de editores que reunieron tradiciones, escritos y otros materiales disponibles en un documento coherente. *La crítica de las fuentes* se esfuerza por determinar las fuentes que utilizaron los escritores bíblicos, ya fueran escritos rabínicos, escritos del Antiguo Testamento, escritos apócrifos, genealogías, formas primitivas de los evangelios o cualquier otra cosa.

Todos ellos pertenecen, en mayor o menor medida, a lo que comúnmente se conoce como crítica literario-histórica. Esta forma de crítica examina los documentos de la Escritura para determinar aspectos como sus géneros literarios y su contexto histórico. Se ha hecho tan popular en nuestros días que apenas hay nadie en los principales seminarios del país que no sostenga este punto de vista de la interpretación bíblica.

Un ejemplo sorprendente de esto se encuentra en el libro de Tremper Longman III, *Literary Approaches to Biblical Criticism*.<sup>6</sup> Tremper Longman III es profesor de Antiguo Testamento en el Seminario Teológico Westminster de Filadelfia. Es, por tanto, un biblista “conservador” que, sin duda, afirmaría sostener la inspiración infalible de las Escrituras. Tras tratar en el capítulo 1 la crítica de la fuente, de la forma y de la redacción, dedica su libro a estudiar el problema que plantea la crítica literaria.<sup>7</sup>

Habla en primer lugar del hecho de que el escritor puede ser un editor o un redactor y de que puede haber utilizado fuentes. Al considerar este aspecto de la Escritura hay que tener en cuenta el propósito del escritor al escribir, así como su entorno cultural.

En segundo lugar, hay que considerar al narrador del escrito, que suele ser distinto del escritor. A veces es una persona real, otras ficticia. Hay que determinar su propósito al hablar y su entorno cultural, teniendo en cuenta que puede ser omnipresente y omnisciente. También hay que tener en cuenta al narratorio dentro de la historia y cómo escucha. Pero ni siquiera entonces se ha terminado. Hay que tener en cuenta a la persona o personas a las que se dirige el escrito; al lector, que no siempre es el mismo al que se dirige el escrito; y a los lectores posteriores.

En tercer lugar, hay que considerar el contexto del escrito, el género (poesía, narrativa, profecía, etc.), las figuras retóricas, los recursos utilizados (por ejemplo, Mateo establece una analogía entre la vida de Cristo en la tierra y los cuarenta años de peregrinación de Israel) y, por último, el argumento.<sup>8</sup>

Aparte de cualquier otra consideración, uno se pregunta cómo es posible, en todo el mundo de Dios, que incluso un exégeta entrenado, y mucho menos un hijo de Dios no entrenado, descubra alguna vez lo que la Escritura quiere decir si todas estas cosas son necesarias. No sólo el proceso es demasiado largo y complicado para que alguien pueda aplicarlo con éxito, sino que la mayor parte de la información que hay que obtener por este método para entender el texto bíblico es pura especulación y casi totalmente inaccesible para nosotros. Toda la estructura es un castillo de naipes que se cae por su propio peso. Cada uno tiene su propia idea de quién es el narrador (real o ficticio); de quién es el narratorio y el destinatario. Lo cierto es que la Escritura no se complace en revelárnoslo en muchos casos, obviamente porque todo esto no es necesario para comprender la Palabra de Dios.

La dificultad estriba en que Longman y otros que adoptan este mismo enfoque lo justifican aduciendo que en realidad no se trata más que de una aplicación del antiguo y tradicional método gramatical e histórico de exégesis. Este método se remonta a la Iglesia primitiva y a la Escuela de Antioquía; fue utilizado por los grandes padres de la Iglesia con mayor o menor coherencia; fue el método de los Reformadores; sigue ocupando un lugarpreciado en la vida de la Iglesia hasta nuestros días.

Pero la pregunta es: ¿está justificado este recurso? Tendremos que responder a esta pregunta en un artículo posterior, una respuesta que nos dará la oportunidad de discutir otros aspectos del problema.

Por el momento, podemos sacar varias conclusiones. En primer lugar, no es difícil rastrear muchos puntos de vista contemporáneos en hermenéutica hasta la filosofía racionalista. Esto debería hacernos reflexionar. El enfoque de estos métodos modernos de hermenéutica es el enfoque del racionalismo, y el racionalismo se opone directamente a la fe. Es la antítesis de la fe contra la incredulidad, de Cristo contra Belial. En segundo lugar, dondequiera que uno se sitúe en el espectro de la Alta crítica, ya sea hacia el extremo liberal o hacia el extremo conservador, todo es fundamentalmente de una pieza. Incluso un estudio tan breve como

el que hemos ofrecido demuestra claramente que muchos puntos de vista modernos en hermenéutica comparten un terreno común con sugerencias e ideas promovidas por los primeros filósofos que aplicaron los principios de la filosofía racionalista a los estudios bíblicos. En tercer lugar, no se puede dudar ni por un momento de que todos esos puntos de vista hacen, en última instancia, imposible la interpretación bíblica para el creyente sin formación.

Y esto es, después de todo, lo que más nos preocupa. Aplicar los principios de la hermenéutica expuestos en nuestro estudio obliga necesariamente a adoptar una de dos posturas. O bien se admite que la Biblia no es, en todo o en parte, la Palabra de Dios, o bien se recurre a la vieja distinción medieval entre dos niveles de sentido de la Escritura: un nivel de sentido simple, accesible a cualquier hijo de Dios; otro nivel de sentido más profundo, accesible sólo a los expertos. Y esa noción maldita también quita efectivamente la Palabra de Dios de las manos de Su pueblo.

## CRÍTICA A LA REDACCIÓN

Como señalamos en el último número de *la Revista*, se han propuesto muchas teorías para interpretar las Escrituras. Ahora no nos interesan los puntos de vista más liberales que han sostenido los críticos bíblicos a lo largo de los años, puntos de vista que niegan descarada y abiertamente la inspiración infalible; nos preocupan los puntos de vista de quienes afirman sostener una posición conservadora sobre la Escritura, es decir, una posición que afirma la inspiración de la Escritura y su infalibilidad, pero que adoptan algún tipo de crítica bíblica y afirman que ésta no es incompatible con la inspiración infalible de la Escritura.<sup>9</sup>

Antes de proseguir con nuestro debate, convendría definir algunos términos.

Una forma de crítica bíblica actualmente en boga es la llamada “crítica de la redacción.” La crítica de la redacción reviste especial interés porque abarca también muchos otros tipos de crítica.

En el número del 18 de octubre de 1985 de *Christianity Today* se publicó un simposio sobre la crítica de la redacción en el que participaron cinco eruditos y en el que se discutió a fondo toda la idea de la crítica de la redacción. Los participantes eran Kenneth Kantzer, decano del Christianity Today Institute y profesor de teología bíblica y sistemática en la Trinity Divinity School, que moderó el foro; D. A. Carson, profesor de Nuevo Testamento en la Trinity Divinity School; Harold W. Hoehner, profesor de literatura y exégesis del Nuevo Testamento en el Seminario Teológico de Dallas; Vern S. Poythress, entonces profesor asociado de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Westminster de Filadelfia; y David M. Scholer, profesor de Nuevo Testamento y decano del Seminario Teológico Bautista del Norte en Downers Grove, Illinois.

Se ofreció la siguiente definición de crítica de la redacción:

Un sinónimo de redactar es editar. Alguien que redacta un escrito lo edita, como el editor de un periódico pule la noticia de un periodista.

En este caso, “crítica” significa un estudio de lo que hacían estos primeros “redactores.”

Así pues, la crítica de la redacción es el estudio de cómo se ha editado. Es el intento de averiguar el punto de vista de un escritor/editor evangélico: ¿Cómo seleccionó su material? ¿Cómo ordenó su

material? ¿Cómo redactó el material y lo orientó hacia temas o propósitos concretos? Nótese que no estamos hablando de que el redactor creara material nuevo. Hablamos de selección y enfoque (p. 2-1).

Uno de los participantes en el simposio relacionó la crítica de la redacción con otras formas de crítica y demostró que las diversas formas de crítica no son incompatibles entre sí; todas pueden utilizarse en el único proceso de la crítica de la redacción.

La crítica textual examina lo que sucede tras la finalización del producto final, el libro bíblico propiamente dicho.

La crítica de la redacción explora el paso anterior a esa edición final.

La crítica de las fuentes examina el paso anterior, en el que el autor elige sus fuentes, normalmente escritas.

La crítica de la forma se centra en la fase oral (p. 3-1)

Aunque advirtieron contra los excesos y las aplicaciones erróneas de la crítica de la redacción, todos los miembros del simposio estuvieron de acuerdo en que había un uso adecuado de esta herramienta en la interpretación bíblica. Por ejemplo, el moderador del simposio escribe:

...no son los principios distintivos de la crítica de la redacción los que han llevado a estas conclusiones objetables, sino más bien sus presupuestos defectuosos y sus aplicaciones inválidas (p. 11-1).

Y en el curso de la discusión se observó:

Algunos críticos dicen que el propio método de la crítica de la redacción es erróneo. Lo que es realmente erróneo son algunos de los presupuestos de los que parten algunos críticos de la redacción (p. 6-1).

Resulta sorprendente, sin embargo, que uno de los principales argumentos a favor del uso de la crítica de la redacción fuera la insistencia en que sólo de este modo pueden los evangélicos comunicarse eficazmente con otros eruditos. En respuesta a la sugerencia de que, en lugar de “intentar recuperar el término para su uso por los eruditos evangélicos”, sería mejor “eliminarlo por completo y utilizar otro”, se dieron las siguientes reacciones.

No creo que eso funcione.

El término “crítica de la redacción” se utiliza demasiado en la ciencia bíblica como para intentar organizar una campaña para eliminarlo. Es mejor definir la crítica responsable de la redacción.

Si quieres influir en la erudición liberal, debes ser capaz de comunicarte, y eso significa utilizar sus términos, pero definidos de forma que podamos aceptarlos. Si no lo haces, la comunicación se hace casi imposible (p. 6-1).

Está claro que todos los participantes se mostraron de acuerdo con un uso adecuado de la crítica de la redacción con todo lo que ello implica, aunque lanzando palabras de cautela.<sup>10</sup>

El punto de vista de la crítica de la redacción (que incluye la crítica de la forma, la crítica de la fuente y la crítica literaria e histórica) aborda la Escritura desde un punto de vista distintivo. Sostiene que, dado que Dios se complació en utilizar a los hombres en la redacción de las Escrituras, la comprensión adecuada de la Escritura implica un análisis cuidadoso y detallado de cómo escribieron. Este análisis cuidadoso implica muchos aspectos diferentes. Implica determinar qué fuentes utilizaron los autores secundarios de las Escrituras: qué fuentes escritas y qué fuentes orales. Implica determinar cómo Mateo y Lucas, por ejemplo, reunieron el material que recopilaron. Se trata de determinar en qué medida los autores de los evangelios dependían de los escritos de los demás (el llamado problema sinóptico). Implica el propósito que cada uno tenía al escribir, que a su vez incluye a aquellos a quienes iba dirigido un libro concreto de la Biblia y qué problema de ese grupo fue la principal consideración al escribirlo. Implica un análisis cuidadoso del tipo de literatura que utilizaron: si usaron poesía, forma de carta, narrativa o profecía. Implica todo el trabajo final y la edición que Marcos (o cualquier otro escritor) realizó para dar forma definitiva a su documento. Conocer la historia de un documento y someterlo a un minucioso análisis literario e histórico es un estudio largo y laborioso. Sin encontrar respuesta a todas estas preguntas, es imposible llegar a una respuesta clara y definitiva sobre el significado de las Escrituras.

## **LA DEFENSA CONSERVADORA DE LA CRÍTICA A LA REDACCIÓN**

La pregunta es: ¿Cómo concilian los partidarios de este método de interpretación bíblica su compromiso con la inspiración infalible e inerrante?

Aunque nos aseguran repetidamente que sí creen en la inspiración infalible, no es fácil encontrar en sus escritos un análisis de esta cuestión. La respuesta que damos, por tanto, es, al menos en parte, nuestras propias deducciones de lo que escriben.

El argumento es más o menos el siguiente. Desde una época muy temprana de la historia del Nuevo Testamento, la Iglesia adoptó lo que se ha llamado el método “gramatical-histórico” de exégesis. Fue desarrollado por primera vez por la escuela de Antioquía, practicado por grandes predicadores como Crisóstomo con mayor o menor consistencia, mantenido firmemente por los reformadores y seguido por todos los grandes predicadores de las tradiciones presbiteriana y reformada. Fue un método de exégesis que se desarrolló a partir del carácter de la propia Escritura. La Escritura es, aunque divinamente inspirada, un libro que fue escrito en lenguaje humano (el hebreo de la nación de Israel y el griego hablado en el mundo de Cristo y los apóstoles) por autores humanos para propósitos particulares y definidos. Los Salmos fueron escritos para ser cantados en el culto a Dios en el templo; las cartas de Pablo fueron escritas a iglesias históricas o a personas con problemas que Pablo abordaba. Gálatas, por ejemplo, fue escrita a las iglesias del este de Asia Menor para combatir los errores del judaísmo que amenazaban la verdad de la salvación sólo a través de la cruz de Cristo. No sólo el lenguaje utilizado era el lenguaje común de la gente de la época en que se escribió la Escritura, sino que todo el escenario de la Escritura refleja la cultura de estos tiempos. Por ejemplo, Jesús, en su parábola de las cuatro clases de tierra, habló de esparcir la semilla como se hacía entonces, no como se hace hoy con tractores y sembradoras de varias hileras. Además, porque Dios usó hombres para escribir las Escrituras. Dios utilizó a los hombres de tal manera que su propia personalidad quedó indeleblemente impresa en sus escritos. Las altísimas profecías de Isaías reflejan su personalidad; la argumentación cerrada de Pablo difiere notablemente de las dotes intuitivas de Juan; el alma poética de

David produjo una poesía de belleza incomparable, y es inconcebible que pudiera escribir la profecía con los pies en la tierra de Amós, el boyero de Tecoa.

Y aún hay más. Los hombres de los que Dios se sirvió no eran meros autómatas que se limitaban a escribir al dictado, casi siempre plasmando ideas e historias de las que no tenían conocimiento más que por inspiración divina. Juan fue, como él mismo atestigua, testigo ocular de todo lo que escribió. Mateo pudo muy bien haber consultado las genealogías en los registros de Belén para construir la genealogía de nuestro Señor que incluyó en su relato evangélico. Lucas, que no conoció de primera mano los acontecimientos de la vida de Jesús, pudo muy bien haber recibido de otros algún conocimiento de los hechos que relata.

Dado que todo esto es cierto, según el argumento, no sólo es legítimo sino muy esencial conocer y comprender todas estas cosas para llegar a una comprensión adecuada de las Escrituras. Difícilmente se puede predicar, por ejemplo, sobre el texto: “Purifícame con hisopo y seré limpio” (Salmo 51:7) si no se tiene también algún conocimiento de la planta del hisopo, que era originaria de Palestina. El método gramatical-histórico de exégesis, tan usado en la Iglesia y aceptado por todos los teólogos ortodoxos a lo largo de toda la nueva dispensación, implica que la Escritura se interprete teniendo en cuenta todas estas cosas. La crítica de la redacción, si se entiende correctamente y no se abusa de ella por parte de quienes no están comprometidos con la crítica destructiva que niega la inspiración infalible, no es otra cosa que una aplicación más exacta de lo que se quiere decir con el método de exégesis honrado por el tiempo y llamado método gramático-histórico.

De hecho, según el argumento, si repudias la crítica de la redacción o la crítica literario-histórica, te estás comprometiendo *ipso facto* con una teoría de la inspiración que niega la gran verdad de que Dios se sirvió de los hombres para escribir este magnífico libro. Te estás comprometiendo con una teoría de la inspiración por dictado que no hace justicia al tipo de libro que es realmente la Escritura. Y, lo peor de todo, se está haciendo culpable del horrendo pecado de la bibliolatría.

Porque, por lo tanto, el método gramático-histórico de exégesis tiene una larga y noble historia, porque todos los teólogos ortodoxos de todos los tiempos lo han utilizado, porque sólo él hace justicia al carácter obvio de la Escritura como escrita por hombres humanos, es ese método de interpretación bíblica el que conduce a una comprensión correcta de la Escritura. La crítica de la redacción no difiere esencialmente del método gramatical-histórico de exégesis. Simplemente aplica el venerado método gramatical-histórico con cierto detalle. La crítica de la redacción es la única forma justificable de hacer interpretación bíblica.

Así se defiende la crítica de la redacción.

## LOS ARGUMENTOS CONTRA LA CRÍTICA DE LA REDACCIÓN

¿Qué podemos decir de todo esto?

Que se entienda claramente, en primer lugar, que estamos de acuerdo con mucho de lo que se ha escrito acerca de que las Escrituras fueron escritas en el marco histórico particular de los tiempos de la antigua dispensación y de los primeros tiempos de la nueva dispensación. No sólo estamos de acuerdo con gran parte de todo esto, sino que es un hecho evidente que nadie de prestigio en toda la historia de la iglesia, que

yo sepa, ha sostenido nunca ningún tipo de teoría del dictado de la inspiración - una teoría que simplemente ignora el hecho de que Dios usó a Moisés y Habacuc, por ejemplo, con todos sus dones y habilidades, su formación y educación, su cultura y personalidad para escribir Su Palabra. Los grandes exégetas y predicadores de todas las épocas han sostenido este punto de vista y, a primera vista, sería una locura negarlo.

Incluso daremos un paso más. Si todo esto no fuera cierto, la Escritura no sería realmente Escritura. No sólo es el hermoso libro que es debido a la forma en que fue escrito, sino que no podría ser la Palabra de Dios a la iglesia de todas las épocas a menos que fuera escrita exactamente de la manera en que Dios eligió escribirla.

Estamos de acuerdo, por lo tanto, en que Abdías escribió de manera diferente a Jonás, que Pedro escribió de una manera en la que Santiago nunca podría escribir, que cada libro lleva la impronta del hombre que Dios utilizó para escribirlo. Es demasiado obvio para insistir en ello.

También estamos de acuerdo en que las Escrituras fueron escritas en el lenguaje de la época, el lenguaje de la calle, si se quiere. No fue escrita en una lengua desconocida. Ni siquiera fue escrita en la jerga de las clases profesionales. Fue escrita para “el hombre de la calle”, en un lenguaje comprensible para él.

También fue escrita por personas que vivieron en una época concreta de la historia del mundo, que formaban parte de una cultura concreta, que utilizaron todas las características históricas, geográficas, biológicas, zoológicas, culturales y eclesiásticas de su tiempo. La Escritura está repleta de referencias de este tipo, y no es necesario insistir en el argumento.

También aceptamos sin reservas la verdad evidente de que la Escritura contiene diversos géneros literarios: poesía, narración histórica, profecía, etc. Dios se complació en escribir la Escritura, no como un libro de texto matemático, no como una obra de dogmática, no como un ensayo, sino en muchas formas literarias diferentes, todas las cuales se utilizaron para poner de manifiesto las verdades de la revelación en toda su riqueza y belleza.

También es cierto que los hombres que Dios utilizó para escribir las Escrituras recibieron alguna información de otras fuentes. Pedro seguramente conocía los escritos de Pablo (II Pedro 3:15-16). Mateo pudo haber consultado las tablas genealógicas de Belén para escribir su primer capítulo. Marcos pudo haber recibido información de Pedro para su evangelio (véase Marcos 16:7).<sup>11</sup> Los actos de los reyes de Israel y Judá que se nos registran en los dos libros de los Reyes y los dos libros de las Crónicas podrían muy bien haber sido escritos, al menos en parte, consultando los registros escritos que se conservaban como parte de los archivos oficiales del reino.

Y no dudamos en afirmar que el conocimiento de todo ello es útil para comprender el texto de la Escritura. En efecto, todo esto está implícito en el método gramatical-histórico de exégesis.

¿Cuál es entonces nuestro argumento? ¿Por qué insistimos tanto en que la crítica de la redacción se aleje de nosotros como una plaga para la exégesis y la Escritura?

Antes de entrar en el fondo de nuestra respuesta a la crítica de la redacción, hay que plantear algunos puntos menos importantes, aunque cruciales.

Los miembros del simposio mencionado hablan una y otra vez de los peligros de la crítica de la redacción, aunque, sin excepción, están dispuestos a adoptarla. El moderador del panel, en un ensayo final, titula su artículo “Redaction Criticism: Handle With Care.” El temor al peligro no sólo radica en el hecho de que el término “crítica de la redacción” es utilizado por críticos destructivos que dan al término una carga que los biblistas más conservadores se niegan a llevar. El concepto en sí está plagado de peligros. Se argumenta que se puede llevar este método demasiado lejos, aunque se rechacen los presupuestos de los críticos bíblicos liberales. Es una herramienta útil, pero hay que manejarla con cuidado. Es un buen martillo, pero no golpees demasiado fuerte. Este tipo de argumento no me impresiona. Cuando tratamos con las Escrituras, Dios nos da un método correcto para interpretar Su Palabra. Hay métodos correctos y métodos incorrectos. Usa el correcto con todo tu vigor y entusiasmo. Evita el incorrecto como si fuera una plaga. Si la crítica de la redacción es correcta, utilízela sin miedo. Me resultaría extraordinariamente difícil enseñar a mis alumnos un método correcto, pero luego tratar de mostrarles cómo deben manejarlo con cuidado para que no lleve a negar la inspiración infalible. El mero hecho de que pueda usarse erróneamente debería hacer reflexionar antes de emplear este método.

Otra dificultad de la crítica de la redacción son sus evidentes limitaciones. Es un hecho que las respuestas a las preguntas que la crítica de la redacción trata de encontrar a menudo no están a nuestro alcance. No sabemos con certeza (ni siquiera en absoluto) quién escribió muchos de los libros de la Biblia. No sabemos quién escribió Josué, Jueces, Rut, I y II Reyes, I y II Crónicas, muchos de los Salmos, Hebreos y otros. Podemos hacer conjeturas, y se han hecho muchas. Pero las respuestas son tan variadas como los hombres que se dedican a hacer conjeturas.

No sabemos por qué se escribieron muchos de los libros, si consideramos el asunto desde un punto de vista puramente histórico. No sabemos por qué Ester fue escrito por quienquiera que lo escribió, si había una razón histórica para escribirlo enraizada en los tiempos y circunstancias de la historia de Israel. Podemos hacer conjeturas e incluso llegar a respuestas razonables. Pero no lo sabemos, sencillamente no lo sabemos.

Nunca podemos estar seguros de las fuentes (si las hubo) que se consultaron al escribir los libros. Quizá Mateo consultó los registros genealógicos de Belén, pero ¿quién puede saberlo con certeza? No los siguió al pie de la letra, que sepamos. Quizá Marcos obtuvo parte de su información de Pedro, pero nunca podremos estar seguros. ¿Qué papel desempeñó la tradición oral en la formación de los libros? No podemos saberlo.

Convendría detenerse aquí y tomar nota del hecho de que, en relación con este asunto de las fuentes, hay una presuposición oculta de cierta importancia. Esa presuposición es que los hombres que Dios utilizó para escribir las Escrituras escribieron *todo* con el conocimiento que adquirieron de diversas fuentes. Es decir, que escribieron sólo lo que sabían. Pero esto no es cierto y es incompatible con la inspiración divina.

Si estamos plenamente convencidos de que Dios es el Autor de las Escrituras, no hay ninguna razón en el mundo por la que Dios no pudiera haber comunicado a aquellos de quienes se sirvió para escribir las Escrituras cosas que no sabían aparte de la comunicación directa de Dios. Incluso Isaías quedó asombrado ante la verdad del Siervo sufriente de Jehová (Isaías 53:1). Los profetas escudriñaban diligentemente sus propios escritos para entenderlos mejor, pues ellos mismos no sabían plenamente lo que se les había inspirado escribir (I Pedro 1:10-12). Que Dios les reveló muchas verdades concernientes a la obra de salvación en Cristo que nunca podrían haber conocido de mil fuentes es un hecho obvio. Que Dios les reveló datos históricos del pasado o de su propia época que les llegaron directamente por inspiración no

sólo es posible, sino casi seguro. Moisés seguramente recibió información relativa a la obra de la creación de Dios que no podría haber conocido de ninguna otra manera que no fuera por revelación directa de Dios. Las fuentes que contenían esta información simplemente no existían.

En cualquier caso, los sabios pueden escribir largos tratados especulando sobre todo tipo de cosas relativas a las fuentes, pero la interpretación de las Escrituras no depende en última instancia de ello.

Que esto es cierto resulta evidente por el hecho de que una gran parte de los conocimientos que hemos adquirido relativamente seguros sobre el trasfondo de la Escritura sólo se han descubierto recientemente. Si nuestra comprensión de la Escritura depende de todo esto, entonces se deduce con lógica ineludible que la Iglesia durante siglos e incluso milenios no supo realmente de qué trataba la Escritura. No tenían acceso a tal conocimiento.

Aunque el asunto sea relativo, sigue siendo una pregunta sin respuesta si los defensores de la crítica de la redacción, con sus carretillas llenas de libros sobre fuentes y géneros literarios, tienen una mejor comprensión de la Escritura que la que tenía Calvino. Yo creo que no.

Estas cosas no son esenciales para la comprensión de las Escrituras. Y no son esenciales simplemente porque Dios no tuvo a bien revelárnoslas. Si el conocimiento del autor de un libro es crucial y decisivo para comprenderlo, ¿por qué Dios (que nos dio la Escritura para que la comprendiéramos) no nos dijo quién escribió Hebreos? Ahora usted puede elegir. ¿Pablo? ¿Apolos? ¿Pedro? ¿Aquila? ¿Priscila? Todos han sido sugeridos. Todos han sido defendidos de la manera más erudita. Pero no lo sabemos. No podemos decirlo.

Y esto nos lleva al importante punto de la perspicuidad de la Escritura. Aunque no es nuestro propósito discutir esta doctrina en detalle en este momento, la posición de la crítica de la redacción toca esta verdad. Si los críticos de la redacción tienen razón, entonces simplemente es cierto que el hijo de Dios sin educación ni formación no puede entender las Escrituras. Ya hemos discutido esto en nuestro primer artículo, y no necesitamos repetir lo que se dijo allí. Pero que esto se entienda claramente. Si uno debe encontrar su camino a través de los laberínticos pasadizos de la crítica de la redacción, uno se pierde sin importar la calidad de su erudición. Es una cuestión de sálvese quien pueda y que el diablo se lleve la peor parte. No sólo todo el mundo está en desacuerdo con todo el mundo, sino que nadie puede seguir los enrevesados argumentos a favor de una u otra teoría de la dependencia. Es una tarea imposible. No sólo se ha quitado efectivamente la Biblia de las manos del hijo de Dios sin formación, sino que incluso se ha quitado de las manos del hombre que dedica su vida al estudio de las Escrituras, porque las preguntas que necesitan respuesta no tienen respuesta. La Biblia sigue siendo un enigma. El grito conmovedor de Tyndale adquiere entonces un sonido hueco: “Si Dios me perdona la vida, antes de muchos años, haré que un muchacho que maneja un arado sepa más de las Escrituras que tú.”

La cuestión de la perspicuidad es importante. Herschel P. Smith escribe sobre “Form Criticism and Reformed Theology” y se dirige a esa cuestión.

No hay duda de que exigir a un lector que conozca la “historia” de un documento y que juegue un juego de entrada y salida con el texto para llegar a la comprensión correcta es diametralmente opuesto a la doctrina reformada de la Escritura...

Si la comprensión es necesaria para la salvación, y si no podemos llegar a la comprensión correcta de la Escritura sin la ayuda de teólogos de élite y sus juegos de literatura, entonces hemos vuelto a los días en que un clero “romano” puede repartir la salvación como considere oportuno.<sup>12</sup>

Smith tiene razón. La doctrina Reformada de la Escritura significa que Dios dio Su Palabra a los más pequeños de Sus santos. Es de ellos conocerla y entenderla. Cualquier teoría que les quite la Escritura es anatema.

## EL ASUNTO CRUCIAL

Sin embargo, todas estas cuestiones no nos llevan al meollo de la cuestión.

El método hermenéutico que se ha utilizado en la Iglesia a lo largo de los siglos podría denominarse método gramático-histórico, pero en realidad no hace justicia a lo que es la exégesis. No estoy seguro de que se pueda encontrar un nombre mejor, ni tampoco es realmente necesario, ya que no nos preocupan tanto los nombres como tales. Tal vez sea mejor el nombre de método gramatical-histórico-espiritual, aunque la adición de la palabra “espiritual” no hace inmediatamente evidente lo que tenemos en mente.

La cuestión es que la exégesis tiene como objetivo primordial el estudio de la Escritura que tiene como resultado el aprendizaje del significado del *Espíritu Santo*. Y esto es lo que queremos decir con la adición de la palabra “espiritual.”

Las reglas para la interpretación de la Escritura están determinadas por la Escritura misma. El carácter de la Escritura determina cómo debe interpretarse la Escritura.

El Dr. Abraham Kuyper trata en su Enciclopedia todo el campo de la hermenéutica y habla de que, al fin y al cabo, la ciencia de la hermenéutica puede aplicarse a cualquier palabra escrita y hablada. Pero se plantea la cuestión de si es posible hablar de la hermenéutica como ciencia teológica a diferencia de la hermenéutica en otras ramas del saber. Argumenta que sí es correcto hablar de hermenéutica como ciencia teológica debido al carácter único de la Escritura. Escribe:

Exactamente, por lo tanto, es difícil ver con qué derecho se mantendría la hermenéutica como una ciencia teológica cuando se enfatiza la regla de que la hermenéutica, en relación con los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, es y debe ser la misma que para otros escritos. La hermenéutica es aplicable en cada ciencia que tiene que ver con los textos, pero en el organismo de la ciencia sólo tiene su lugar propio en la ciencia de la filología. A las demás ciencias apenas se les puede aplicar lo que la ciencia de la filología encuentra en ella. Así, si en la exégesis de la Sagrada Escritura no tiene lugar otra cosa que aplicarle la hermenéutica filológica, menos aún puede hablarse de una Hermenéutica teológica que de una hermenéutica médica, jurídica o física. Entonces la hermenéutica sería para la teología, como para la jurisprudencia, nada más que una ciencia auxiliar tomada de otra parte que no está conectada orgánicamente con el principio de la teología. En oposición a esto, sin embargo, está el hecho histórico de que la hermenéutica, mucho más aún que en la filología, ha encontrado sus estudiantes exactamente en la disciplina teológica; tanto es así que, al oír hablar de hermenéutica, no pocos piensan exclusivamente en la hermenéutica

bíblica. Si la hermenéutica puede mantenerse también en el futuro como rama teológica de estudio, entonces hay que demostrar que en la interpretación de la Sagrada Escritura entra en juego un elemento con el que la hermenéutica general no puede contar, ya que este elemento no existe en la interpretación de otros documentos; y además que el tratamiento de este elemento no pertenece a la filología sino a la teología. Este elemento se debe exclusivamente al factor especial que se conecta con la vida natural en el ámbito de la revelación sin salir de esta vida natural. En primer lugar, por ello seguramente este elemento estaría “en una clase por sí mismo” de los elementos con los que la hermenéutica general tiene que contar; y exactamente de esta “clase única” procede entonces el derecho a hablar de una hermenéutica teológica o Escritural.<sup>13</sup>

Lo que Kuyper quiere decir es que el carácter único de la Escritura da a la hermenéutica, cuando se aplica a la Escritura, sus propios principios únicos.

Ahora bien, es evidente que los principios de la hermenéutica no se encuentran explícitamente en la Escritura. Esto no estaría de acuerdo con la naturaleza de la Escritura, que es el registro escrito de la revelación de Dios en Jesucristo. La Escritura no es un libro de texto, ni siquiera de hermenéutica.

Pero el carácter de la Escritura determina las reglas para su interpretación. Por supuesto, esto es válido para cualquier libro. En cierto modo, las reglas para la interpretación de un discurso, ya sea escrito u oral, son aplicadas inconscientemente por el oyente o lector. Están implícitas en el propio lenguaje y en el hecho de que el lenguaje sea un medio de comunicación. Y, aunque la mayoría de las veces uno es inconsciente de las reglas de interpretación que aplica subjetivamente a cualquier discurso, estos principios aplicados ingenuamente pueden explicarse, organizarse y examinarse.

Lo mismo ocurre con las Escrituras. Las Escrituras están escritas en lenguaje humano, con todas las reglas gramaticales, sintácticas y de uso de la palabra que se aplican a cualquier idioma. Pero en relación con la Escritura, nos enfrentamos a un hecho adicional, un hecho que nos vemos obligados a afrontar debido al carácter único de la Escritura. La Escritura es, en apariencia, como cualquier otro libro del mundo. Pero, al mismo tiempo, es también el registro escrito de la revelación de Dios en Cristo, dada por la inspiración infalible del Espíritu.

Una cuestión importante que se plantea a este respecto es: ¿Cómo sabemos que la Escritura está infaliblemente inspirada por el Espíritu Santo?

La respuesta a esta pregunta tiene mucho que ver con nuestra discusión de la hermenéutica, y debemos dar una respuesta a esa pregunta antes de continuar con nuestra discusión.

La respuesta a esta pregunta de cómo sabemos que la Escritura está inspirada por el Espíritu Santo es el testimonio de la Escritura misma. No es exagerado decir que cada página de la Escritura da testimonio de su origen divino. Uno no puede leer las Escrituras sin escuchar este testimonio sonando fuerte y claro. Todo hijo de Dios que haya tomado las Escrituras en sus manos dará testimonio de ello.

Pero, al mismo tiempo, esto plantea un problema. Los críticos han argumentado que esta línea de argumentación es básicamente un argumento falso. Es, según se afirma, una *petitio*, es decir, un argumento en círculo. ¿Cómo sabemos que la Escritura ha sido inspirada por Dios? La propia Escritura lo dice. Pero, ¿cómo podemos creer que este testimonio de la Escritura sobre su inspiración divina es cierto? ¿No es posible que la Escritura haga una afirmación para sí misma que no sea cierta? La respuesta es: No, porque

la Escritura es infalible, y su testimonio de que ha venido de Dios es en sí mismo infaliblemente inspirado. Pero esto es argumentar en círculo. Presuponemos lo que intentamos demostrar. Aceptamos como verdadero lo que necesita ser demostrado. Por lo tanto, la afirmación de la Escritura de que es la Palabra de Dios tiene que ser demostrada sobre otras bases que la propia afirmación de la Escritura.

Ahora bien, este argumento es, *en sí mismo*, verdadero. Desde cierto punto de vista, admitimos que es convincente. Pero eso no es en absoluto todo.

Y, sin embargo, este argumento ha tenido aparentemente fuerza entre los estudiantes de las Escrituras. Y en virtud de la fuerza del argumento, continuamente se hacen esfuerzos por demostrar, *con pruebas ajenas a la Escritura*, que las afirmaciones de la Escritura son ciertas.

Incluso los estudiosos “conservadores” de la Escritura caen repetidamente en esta trampa. Hay muchos que intentan “probar” la inspiración divina de las Escrituras apelando a la crítica histórica y literaria. Argumentan, por ejemplo, que las Escrituras son dignas de confianza en todas sus afirmaciones históricas, como se desprende de los hallazgos arqueológicos. Argumentarán que innumerables hombres a lo largo de los siglos han aceptado las Escrituras como inspiradas por Dios. Argumentarán detalladamente que los Evangelios no se contradicen y que existe abundante material histórico tomado de escritos profanos de la época que demuestra la veracidad de las *afirmaciones* de las Escrituras.

Un buen ejemplo de ello se encuentra en las discusiones con las que se introducen casi todos los comentarios recientes sobre la autoría de un libro determinado. De la epístola de Pablo a los Colosenses se dice, en el propio escrito sagrado, que fue escrita por Pablo: “Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Timoteo nuestro hermano, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas...” (Colosenses 1:1-2). Ahora bien, si la Escritura es infaliblemente inspirada, entonces estas palabras también lo son. Eso significa, obviamente, que, porque el texto lo dice, este libro fue escrito por Pablo. Sin embargo, los comentaristas hacen todo lo posible por refutar los ataques de los críticos superiores que cuestionan la autoría paulina. Reunirán abundantes pruebas que demuestran, desde un punto de vista histórico y literario, que Pablo escribió realmente esta epístola. En otras palabras, el mero testimonio de la Escritura no es suficiente. Hay que recurrir a datos ajenos a la Escritura para demostrar la veracidad de la sencilla afirmación de Colosenses 1:1-2.

Rechazamos categóricamente todo este método de interpretación. Y estamos firmemente convencidos de que esta línea de argumentación básicamente destruye la interpretación bíblica. Los defensores de este punto de vista pueden llegar a la conclusión de que Pablo seguramente escribió Colosenses, pero sus conclusiones se basan en una línea de argumentación que se encuentra fuera del propio testimonio de la Escritura. Incluso pueden citar esta prueba de consideraciones literarias e históricas como prueba adicional de que la Escritura es exacta en todo lo que dice. Pero repudiamos esto, no obstante, como un error mayor y fundamental que concede el argumento de la Alta crítica. Nos negamos a aceptar la autoría paulina de Colosenses sobre cualquier otra base que no sea el simple hecho de que el propio texto lo dice.

El error que se comete es importante y crucial para el argumento.

Al “probar” con argumentos históricos y literarios que Colosenses fue escrito por Pablo, los críticos simplemente afirman que la prueba está fuera de la propia Escritura. Esto es una negación implícita de la inspiración infalible, a pesar de todas las advertencias en contrario.

Esta línea de argumentación es una negación implícita de la inspiración infalible porque es un enfoque básicamente racionalista de la Escritura; es decir, es un esfuerzo por poner la Escritura bajo el juicio de nuestras propias mentes. Es un esfuerzo por someter las propias afirmaciones de la Escritura a nuestro escrutinio racional y probar por medio de la argumentación racionalista lo que la propia Escritura afirma por sí misma.

Si se sigue sistemáticamente este enfoque, los resultados serán que a menudo encontraremos las pruebas menos que satisfactorias, y habremos entrado en el pantano de la destructiva Alta crítica.

Quienes defienden este enfoque afirman que es la única manera de enfrentarse a los auténticos altos críticos que hacen un mal uso de la crítica de la redacción. Se dice que debemos hacer frente a los argumentos de los incrédulos y de los que niegan la inspiración infalible. Se dice que, si nos negamos a seguir esta línea de argumentación, adoptamos un enfoque poco erudito y hacemos que nuestros escritos sean irrelevantes para los debates actuales en el campo de la hermenéutica.

En respuesta a la pregunta de si deberíamos utilizar la terminología de los altos críticos, en concreto el término “crítica de la redacción”, D. A. Carson argumentó: “Sin embargo -y este es un punto importante- al mezclarnos en el mercado académico internacional, podemos ayudar a proporcionar no sólo una buena erudición, sino un amortiguador para la próxima generación de estudiantes que vienen. . . Los escritos de León Morris. . . me dieron más credibilidad ante mis profesores de la que podría haber tenido de otro modo.”<sup>14</sup>

El estudiante reformado de las Escrituras cree firmemente en la erudición. La Escritura misma requiere el estudio más cuidadoso simplemente porque es la Palabra de Dios. Pero si la erudición significa concesiones a la Alta crítica, entonces la erudición es un anatema para el hombre reformado. Si la erudición de acuerdo a estándares críticos más elevados es la única manera de recibir reconocimiento en círculos y revistas eruditas, el precio requerido es demasiado alto para pagarlo. La verdad de la Palabra de Dios no puede ser sacrificada en el altar de la erudición. Y el que está dispuesto a hacer esto es infiel a la Palabra de Dios y a Dios mismo. Aquellos que están dispuestos a discutir con los altos críticos en su terreno permiten que el enemigo escoja el campo de batalla. Y cada oficial en cada ejército sabe que permitir que el enemigo escoja el campo de batalla significa desastre. Si nos empeñamos implacablemente en defender las Escrituras sobre las bases fundamentalmente racionalistas de la Alta crítica, habremos perdido la batalla antes de empezar.

¿Cuál es el enfoque adecuado?

¿Cómo *sabemos* que la Escritura es la Palabra de Dios? ¿Cómo sabemos esto con esa convicción total que lleva al hijo de Dios a someterse humildemente a la Palabra? ¿Cómo conocemos esta verdad para estar dispuestos a dar la vida por ella? ¿Porque algún crítico experto y conocedor de la redacción lo ha probado con un argumento complicado de fuentes literarias e históricas? Dios no lo quiera.

Lo sabemos por la fe. La fe cree en las Escrituras y en el testimonio de las Escrituras. Sólo la fe se inclina en humilde sumisión a la Palabra de Dios.

Esto no quiere decir que sea correcto el argumento de los críticos de que basarse en el testimonio de las Escrituras es una *petitio*, una argumentación en círculo. Básicamente rechazamos esa acusación. Aceptar la Escritura sobre la base del testimonio de la Escritura misma no es, en ningún sentido verdadero, una *petitio*. Esto se puede demostrar fácilmente. Incluso en un tribunal de justicia el testimonio de un hombre o de un

documento se acepta como verdadero a menos que haya una prueba abrumadora y totalmente convincente de lo contrario. Entonces se demuestra que un hombre es culpable de perjurio y un documento es tachado de falsificación. Y esas son, después de todo, las opciones. La Escritura es lo que dice ser o es una falsificación. Una u otra deben ser ciertas. Cuando un libro afirma haber sido escrito por un determinado autor, cuando yo escribo en este artículo mi nombre, es aceptado por todos que la afirmación es cierta. No se considera necesario recurrir a todo tipo de pruebas, ya sean literarias o históricas, para justificar la afirmación. La afirmación se mantiene y sólo se rechaza cuando existen pruebas irrefutables de que es falsa. El testimonio propio es la prueba más contundente que se puede presentar.

¿Por qué se rechaza la afirmación de que la Biblia fue escrita por Dios? ¿Por qué todos los demás libros del mundo son aceptados como escritos por el hombre que dice haberlos escrito, y las afirmaciones de la Biblia son rechazadas? La respuesta, muy simple, es: Incredulidad. O bien se aceptan las afirmaciones de las Escrituras al pie de la letra, o bien se rechazan. Intentar apoyar las afirmaciones de la Escritura apelando a argumentos históricos y literarios es básicamente rechazar lo que dice la propia Escritura.

Esto nos lleva inmediatamente a preguntarnos qué queremos decir cuando hablamos de fe. ¿Cuál es la fe que acepta sin dudas ni cuestionamientos las Escrituras como la Palabra misma de Dios?

A lo largo de los años se han ofrecido varias definiciones de la fe. Algunos explican la fe como la aceptación de lo que no se puede probar. Aunque, por supuesto, la cuestión es qué se entiende por “indemostrable”, rechazamos esa definición. Se argumenta, por ejemplo, que la doctrina de la trinidad no puede probarse, pero aun así la aceptamos. Y lo que se quiere decir es, obviamente, que la doctrina de la trinidad no puede ser probada por ninguna línea de argumentación racionalista. Así que la aceptamos por otros motivos.

Y si bien es cierto que aceptamos la doctrina de la trinidad sobre la base de que la Escritura la enseña, no debemos pensar que esto constituye la idea básica de la fe.

Algunos que desean enfatizar la idea de la fe como confianza utilizan otras figuras. Una profesora de primaria ilustró una vez la fe a su clase diciendo que cuando echamos una carta al buzón perdemos el control de la carta, pero esperamos que llegue a su destino porque tenemos fe (es decir, confianza) en el servicio postal. Y aunque es cierto que la fe es esa confianza, ésta tampoco es la esencia de la fe.

Las Escrituras enseñan que la fe es fundamentalmente el vínculo vivo que une al hijo elegido de Dios con Cristo. Tanto el conocimiento de la fe como la confianza de la fe surgen de esta característica fundamental de la fe. Por la fe estamos unidos a Cristo en Quien están todas las bendiciones de la salvación. Por la fe le pertenecemos, vivimos en Él y de Él, recibimos de Él toda nuestra salvación y descansamos en Él en la vida y en la muerte. Por la fe somos incorporados al cuerpo de Cristo y llegamos a ser miembros de ese cuerpo. Sólo cuando se entiende ese aspecto de la fe, podemos entender también por qué la fe es tan esencial para nuestra discusión.

La fe es, pues, la *prueba* de que la Escritura es la Palabra de Dios. Tal vez esto pueda ilustrarse. El conocimiento de la fe no es un conocimiento abstracto, teológico “erudito” que se asemeja a nuestro conocimiento del Teorema de Pitágoras. El conocimiento que forma parte de la fe, justo porque la fe es el vínculo vivo entre el creyente y Cristo, es un conocimiento personal e íntimo de compañerismo y comunión. Es el conocimiento del conocimiento personal. Es el conocimiento de la amistad. Es el conocimiento que

un esposo y su esposa tienen el uno del otro. Es un conocimiento que se apoya en “pruebas” infinitamente más elevadas que la argumentación racionalista.

Si estoy parado bajo la lluvia esperando un autobús, frío, mojado, temblando y miserablemente incómodo, y alguien se me acerca y me pide una prueba de que está lloviendo, mi respuesta sería, siempre que pudiera contenerme de golpearle en la nariz: Si usted no puede decir que está lloviendo cuando está parado allí como yo, mojado y miserable, no hay prueba que pueda reunir que lo convenza de que está lloviendo.

O para utilizar una figura aún más apropiada: si estoy sentado en el sofá con mi esposa hablando con ella de cosas importantes para la familia, y alguien tiene el valor de pedirme pruebas de que la mujer con la que estoy hablando es mi esposa, mi respuesta no es una larga retahíla de pruebas racionales de que efectivamente es mi esposa, que incluyan sacar nuestra licencia de matrimonio y varias fotos de mi esposa tomadas en la boda. Mi respuesta es: sé con tal total certeza que es mi esposa que, si usted no puede creerlo, no hay ninguna línea de pruebas que pueda convencerle de ello.

Cuando un reportero preguntó una vez a un predicador prominente su opinión sobre la entonces corriente teología de “Dios está muerto”, su respuesta fue, apropiadamente, “Sé que no lo está, porque he hablado con Él esta misma mañana.”

Si un crítico se hubiera acercado a Adán en el Paraíso I y le hubiera pedido pruebas de que Dios existe, Adán se habría visto obligado a decir: “Si no puedes oír Su voz en el canto de los pájaros, en el brillo del sol, en los árboles y las flores y los animales, ¿cómo puedo encontrar pruebas que te convenzan?”

La fe lleva al creyente a la comunión con Cristo, y a través de Cristo con Dios. Es esa comunión íntima y personal que *conoce* a Dios. La fe escucha la Palabra de Dios en la Escritura. La fe la reconoce como Palabra de Dios. La fe no tiene ninguna duda al respecto, pues Dios le habla.

Cuán crucial e importante es esto.

La fe es el poder de la salvación. El que tiene fe tiene la salvación. El que no tiene fe no tiene salvación. El incrédulo, vacío de fe, es enemigo de Dios y de Su Cristo. Odia a Dios, odia Su Palabra, odia todo lo que pertenece a Dios. Esto es lo que todos somos en nosotros mismos. Ser salvo es recibir el don inestimable de la fe. Es tener odio y rebelión, pecado y oposición a Dios desterrados para siempre de nuestras vidas. Es estar en comunión con Dios y en sumisión a Su Palabra. Es conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo a quien Él ha enviado. Es tener vida eterna.

Es esa fe que recibe la Escritura como Palabra de Dios, simplemente porque Dios dice que es Su Palabra. La fe lo hace posible. La fe elimina la rebelión y la oposición. La fe *sabe* porque la fe es obrada por el Espíritu Santo. Recibimos las Escrituras, por lo tanto, como Palabra de Dios, como testifican todas las Confesiones Reformadas, debido al testimonio objetivo del Espíritu en la Palabra misma y al testimonio subjetivo del Espíritu en nuestros corazones:

Únicamente a estos libros aceptamos por sagrados y canónicos, para regular nuestra fe según ellos, para fundamentarla en ellos y con ellos confirmarla. Y creemos sin duda alguna todo lo que está comprendido en ellos; y eso, no tanto porque la Iglesia los acepta y los tiene por tales, sino sobre todo porque el Espíritu Santo nos da testimonio en nuestros corazones, que son de Dios; y porque

también la prueba de ellos en sí mismos; cuando advertimos que los ciegos pueden palpar que las cosas que en ellos se han predicho, acontecen. (Confesión Belga, Art. V).

Si estoy separado por las circunstancias de mi esposa y recibo una carta suya, no necesito invocar toda clase de pruebas de fuentes ajenas a la propia carta para demostrar que efectivamente la carta es de ella. Sé, con una certeza irrefutable, que ella la ha escrito. Entrar en discusiones interminables sobre la autenticidad de la carta me impediría escuchar lo que dice la carta y arrojaría dudas y sospechas sobre ella. Las Escrituras son ese tipo de carta, una carta de amor del Esposo en el cielo a su amada esposa. Su esposa toma esa carta con alegría y la recibe de Él. Sabe que es suya, porque Su amor se ha derramado en su corazón.

Esto me recuerda una historia. Un viejo pastor estaba predicando sobre las Escrituras como la Palabra de Cristo cuando fue interrumpido por un crítico que desdeñosamente le pidió pruebas de sus afirmaciones, pruebas de que la Biblia era en verdad la mismísima Palabra de Cristo. El ministro respondió con bastante suavidad, pero muy al grano: “Entiendo por qué tiene usted esas preguntas. Usted ha estado abriendo y leyendo el correo de otra persona.”

La conclusión es que el principio hermenéutico correcto de interpretación no es simplemente el método gramatical-histórico, sino el método espiritual-gramatical-histórico.

Este principio tiene muchas implicaciones para el verdadero método de interpretación de las Escrituras. Pero esto debe esperar a otro artículo.

## **LOS ATRIBUTOS DE LA ESCRITURA**

Antes hemos defendido un método de interpretación de la Escritura que no es el tradicionalmente llamado “Método Gramático-Histórico”, sino el “Método Espiritual-Gramático-Histórico”. La palabra “Espiritual” debe añadirse debido a la verdad de la inspiración de la Escritura por el Espíritu Santo y la consiguiente necesidad de interpretar toda la Escritura de modo que el significado del Espíritu Santo sea el objeto de nuestra búsqueda de las Escrituras.

Antes de pasar a discutir el significado y la importancia del aspecto “espiritual” de la inspiración, es importante que entendamos claramente qué se entiende por inspiración de la Escritura por el Espíritu Santo.

No es nuestra intención entrar en una larga discusión sobre la doctrina de la inspiración.<sup>15</sup> Sólo pretendemos enumerar algunos de los atributos de la Sagrada Escritura con una breve descripción de cada uno de ellos. Esto será suficiente para nuestros propósitos.

Que tenemos claramente ante nuestras mentes la verdad concerniente a la inspiración es evidente por el hecho de que las reglas para la interpretación surgen del carácter de la Escritura misma. La Biblia no es un libro de texto de hermenéutica, como tampoco lo es de ninguna otra ciencia. Es el registro infaliblemente inspirado de la revelación de Dios en Jesucristo. No podemos acudir a un versículo concreto de las Escrituras para encontrar una regla de hermenéutica explícitamente establecida.

Pero el carácter de la Escritura determina las reglas para su interpretación. Esto debería ser obvio, ya que, en general, esto es cierto para cualquier escrito. Un soneto, un ensayo, un libro de matemáticas, una novela...

cada uno, en virtud de su carácter inherente, determina las reglas para su propia interpretación. Un poema se interpreta de manera muy diferente a un libro de texto de biología. El lector aplica inconscientemente las reglas de interpretación de un escrito, ya que las aprende como parte del aprendizaje del lenguaje. Sin embargo, estos principios aplicados ingenuamente pueden ser explicados, examinados, organizados y cristalizados en el pensamiento.

Lo mismo ocurre con la Escritura. La Escritura ha sido dada por Dios con el propósito de comunicar. Dios nos habla de sí mismo y de sus grandes obras, que realizó y realiza por medio de Cristo. Pero, puesto que Dios nos *comunica* conocimiento, lo hace de una manera en la que nosotros, que somos criaturas, podemos entender lo que dice. Se rebaja, como dijo Calvino, para hablarnos. Murmura y habla entre dientes. Pero, al mismo tiempo, habla de tal manera que nos da *la verdad*, la verdad sobre sí mismo.

Por tanto, por un lado, la Escritura es como cualquier otro libro escrito en lenguaje humano. Está escrita en griego y hebreo. Está escrita en una lengua en la que se aplican todas las reglas de la gramática, la sintaxis, el uso de las palabras, etc. No se diferencia de ningún otro libro en los géneros utilizados para su composición. Fue escrito en circunstancias históricas como parte de la historia y con fines específicos. Se dirigió a realidades históricas concretas. Habló a un pueblo en un momento determinado. Y esto es cierto porque la revelación de Dios, de la que la Escritura es el registro, se tejió en la urdimbre y la trama de la historia.

Por otra parte, sin embargo, la Escritura es también la Palabra de Dios. Está inspirada por Dios, como nos dice Pablo en II Timoteo 3:16. Toda Escritura ha sido inspirada por Dios. Esto no puede decirse de ningún otro libro. No es la Palabra de Dios y la palabra del hombre. No es la Palabra de Dios *en o a través de* la palabra del hombre. No es la Palabra de Dios *a pesar* de ser también palabra de hombre. Es inspirada por Dios.

Esta es, pues, la cuestión: ¿Qué quiere decir la Escritura cuando afirma para sí misma que ha sido inspirada por Dios?

Hay que distinguir entre revelación e inspiración. La revelación es muy anterior a la inspiración y, de hecho, comenzó en los albores de la historia. La inspiración no comenzó hasta la época de Moisés.

La revelación vino de muchas maneras diferentes. Vino por medio del discurso directo de Dios al hombre, como en el primer pronunciamiento de la promesa de Cristo a Adán y Eva inmediatamente después de la caída. Vino a través de ángeles y profetas que hablaron la Palabra de Dios. Vino en visiones, sueños y trances. Vino a través de los signos, prodigios y milagros de las Escrituras. Vino central y principalmente en Cristo en su Persona, palabras y obras. Nuestro Catecismo de Heidelberg lo expresa de esta manera: “¿De dónde sabes todo esto (quién es el Mediador)? Del santo Evangelio, del cual Dios reveló primeramente en el paraíso, y después lo anunció por los santos patriarcas y profetas, y lo hizo representar por los sacrificios y demás ceremonias de la ley; y al fin lo cumplió por su Hijo unigénito” (P & R 19).

En un sentido amplio de la palabra, la inspiración no siempre difería de la revelación. Esto era especialmente cierto en el caso de los profetas, pues recibían lo que hablaban por la inspiración interna del Espíritu de Cristo. La Palabra de Dios ardía como un fuego en su interior. Lo mismo ocurrió con los apóstoles al escribir sus epístolas. Ellos escribieron lo que les fue revelado, y esta revelación fue en sí misma inspiración.

Sin embargo, cuando hablamos de la inspiración de las Escrituras, hablamos de “inspiración gráfica.” Es decir, cuando los hombres que Dios utilizó para escribir las Escrituras escribieron lo que escribieron, fueron inspirados por el Espíritu de tal manera que el Espíritu fue el Autor de lo que escribieron. Pablo nos dice en II Timoteo 3:16 que “toda *Escritura*” es decir, todo *escrito* de la Biblia, “es inspirado por Dios.” Dios dijo a los hombres que escribieron las Escrituras lo que tenían que escribir. Y lo hizo, por medio del Espíritu, de tal manera que Dios el Espíritu Santo es siempre el Autor.

Algunos se preguntan: ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede tener lugar la inspiración de tal manera que toda Escritura escrita es inspirada por Dios, y al mismo tiempo la Escritura está escrita de tal manera que el estilo literario, por ejemplo, de Pablo difiere marcada y notablemente del de Isaías o Juan? ¿Cómo puede Dios inspirar las Escrituras de modo que no se limitara a dictarles lo que debían escribir como el presidente de una corporación dicta la correspondencia a una secretaria? ¿Cómo se conservaron las habilidades personales, las características y las peculiaridades estilísticas de cada escritor?

La cuestión de si podemos responder a esta pregunta a satisfacción de un crítico es irrelevante para nuestro debate. La Escritura es un milagro realizado por Dios en la era de los milagros. Está orgánicamente conectada con todo el milagro de la revelación de Dios en Cristo y es parte de ese milagro. No es más posible explicar, en términos de pensamiento humano, la maravilla de las Escrituras de lo que es explicar la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos.

Que la Escritura pertenece orgánicamente a la maravilla de la salvación en Jesucristo significa específicamente que es una parte de esa gran obra de Dios por la cual Él salva a Su pueblo. La Escritura es una parte necesaria (según la sabiduría y el propósito de Dios) de la obra de la salvación. No sólo nos *revela* la salvación, sino que es un ingrediente esencial para llevarla a cabo. La Escritura está escrita a la iglesia y para la iglesia. A través de ella, la Iglesia se salva. No es sólo un registro objetivo de la obra de Dios; es en sí misma el contenido del Evangelio, que es el poder de Dios para salvación. Y como toda la obra de Dios en Cristo es *el* milagro, también como la obra de Cristo se aplica a la iglesia, la Escritura, como parte de esa obra, es parte de la salvación.

Así pues, la Escritura tiene ciertos atributos y características, que es importante comprender porque estos atributos determinan los principios de interpretación.

La doctrina de la inspiración de la Escritura significa que la Escritura es inspirada *verbalmente*. En pocas palabras, esto significa que las palabras de la Escritura son precisamente las palabras que el Espíritu quiso que se incluyeran en la Escritura y mediante las cuales eligió registrar la revelación de Dios. Cada palabra es la Palabra del Espíritu. Ni una sola palabra ha sido elegida por el hombre.

Esta verdad no excluye el hecho evidente de que se consultaran otros documentos no inspirados. Tal vez Mateo consultó los registros genealógicos de la línea de David antes de escribir Mateo 1. No excluye el hecho de que parte del material incorporado en los registros infaliblemente inspirados de las Escrituras pueda haberse obtenido de informes orales. Moisés seguramente conocía las tradiciones orales de épocas anteriores transmitidas de generación en generación. Es casi seguro que Lucas habló con María, la madre del Señor. Marcos probablemente recibió parte de su material de Pedro. Pero la exactitud y fiabilidad de la Escritura no depende de la exactitud de la tradición oral; descansa exclusivamente en la inspiración infalible del Espíritu Santo. El Espíritu dirigió todo el proceso. Él determinó la recopilación de los datos cuando le plugo utilizar esto. Garantizó la exactitud y seguramente hizo correcciones si eran necesarias. Determinó la

disposición del material y el orden que seguían incluso las narraciones. Eligió las palabras que se incorporaron a los manuscritos inspirados. Eliminó lo que quiso eliminar. Incluyó lo que quiso incluir. Y si había material que no estaba disponible o no era conocido por Sus siervos, Él proveyó ese material por Su propia inspiración dentro de ellos antes de que lo escribieran. El resultado fue que cada palabra de la Escritura es la Palabra del Espíritu, garantizada en cuanto a verdad y exactitud por Aquel que no puede mentir.

Hay instancias en las que el Espíritu Santo consideró sabio decirle a la iglesia el nombre del hombre a quien usó para escribir una parte de la Escritura, las cartas de Pablo son instancias obvias de esto. También hay ocasiones en que el Espíritu Santo no consideró esto importante, Hebreos es un ejemplo notable. Hay veces cuando el Espíritu Santo escogió decirnos la razón histórica específica para una pieza dada de la Escritura. Pablo escribió para combatir el Espíritu eligió no revelar esto. Podemos adivinar y reflexionar. Podemos escribir artículos eruditos para revistas teológicas en los que exponemos nuestras conjeturas con razones eruditas de por qué nuestras conjeturas deben ser aceptadas y las conjeturas de otros rechazadas. Pero el Espíritu Santo hace que nuestras conjeturas parezcan tontas, porque Él no consideró relevante esta información en una situación dada. Y todo esto es verdad porque el Espíritu Santo nos da en la Escritura las grandes verdades de la revelación de Dios en Jesucristo como el Dios de nuestra salvación.

La Escritura es un todo orgánico. Esto se desprende de la verdad de la inspiración orgánica.

Un organismo es una unidad de y en la diversidad. El organismo de un roble es la unidad de una sola planta biológica viva en y de una diversidad de raíces, tronco, hojas, ramas, bellotas y sustancias químicas que lo componen. El organismo de un cuerpo humano es la unidad de un hombre racional y moral en y de una diversidad de brazos, piernas, ojos, orejas, torso, etc.

Así es también la unidad orgánica de la Escritura. Su principio de unidad es la única revelación de Dios en Jesucristo. Su diversidad es la diversidad de los diferentes testamentos, de los diferentes géneros (poesía, narrativa, cartas, profecías), de los diferentes estilos de escritura. Podemos compararlo todo con un retrato. Un retrato bien hecho es la imagen de un individuo. Se compone de muchas partes diferentes. Tiene los detalles de su fondo, su tamaño, los diversos elementos de los rasgos del sujeto, la expresión de la cara, la pose que el sujeto asumió, etc. Lo mismo sucede con la Escritura. Es el retrato gloriosamente bello de nuestro Señor Jesucristo, en Quien vemos al Padre. Cada parte del retrato es perfecta. Cada parte contribuye a su manera al todo. Algunas partes son más importantes que otras: los ojos de un hombre son más importantes que la ropa que lleva; el libro de Efesios es más importante que el libro de Ester. Pero cada una es importante para un retrato perfecto. A un retrato perfecto no se le puede quitar nada, ni se le puede añadir nada, sin destruir la perfección del conjunto. Es así como toda la Escritura -desde Génesis 1:1 hasta el último versículo de Apocalipsis 22- es el retrato perfecto, inspirado por el Espíritu, de Cristo.

La Escritura es perspicua. Es decir, la Escritura es clara. Se entiende fácilmente. No es el libro oscuro que los católicos romanos siempre han afirmado que es, y no es el libro misterioso e ininteligible que los defensores de la evolución teísta afirman que es cuando hacen de los primeros capítulos del Génesis (y más de la Escritura) un mito o una saga. Es tan claro que puede ser comprendido tanto por el niño como por el adulto, tanto por el joven como por el anciano de la iglesia. Es tan claro que los padres del pacto pueden tomar a sus hijos pequeños en el regazo y leerles sin dudar de la capacidad de estos niños para entender lo que Dios dice.

Pero debemos tener clara esta idea de perspicuidad. Se basa, en primer lugar, en la verdad de que el sentido literal de la Escritura es el sentido correcto y único. Esta verdad fue proclamada audazmente por los Reformadores frente al catolicismo romano, que hablaba de un cuádruple nivel de significado -si no más de cuatro niveles, como insistían algunos teólogos medievales. Cualquier documento con niveles de significado cada vez más profundos va a ser imposible de entender excepto por teólogos entrenados que sean expertos en penetrar en varios niveles y descubrir significados ocultos y oscuros. Sólo un libro, cuyo significado literal es correcto, es perspicuo.<sup>16</sup>

Podemos comparar la perspicacia de las Escrituras con un claro estanque de agua. He estado varias veces al lado de Emerald Pool, en el Parque Nacional de Yellowstone. Una característica de este estanque es que periódicamente entra en erupción. Antes de la erupción, se pueden ver las enormes burbujas de gas que surgen del fondo de la piscina y observar cómo se dirigen hacia la superficie. Estas burbujas se desplazan durante mucho tiempo, lo que indica que la piscina es muy profunda y sus aguas son tan transparentes que se puede ver hasta el fondo. Pero el fondo no se ve. De hecho, cuanto más se mira dentro de la piscina, más se profundiza, pero nunca se ve el fondo. Lo mismo ocurre con la Escritura. Es fácil ver el significado de la Escritura. Pero cuanto más se estudia, más profunda se revela la Escritura. Y nunca podemos sondear sus grandes profundidades. Uno puede leer cualquier libro que el hombre haya escrito; y, después de leerlo, lo deja a un lado y dice: “Ahora he terminado con ese libro. Ya sé lo que dice. No tengo que volver a leerlo.” Pero nunca puede hacer esto con la Escritura. Aunque la lea cien veces de principio a fin, y aunque la convierta en el objeto de toda una vida de estudio, siempre hay nuevas verdades y riquezas que descubrir, nuevos tesoros que extraer de sus profundidades sin fondo. Hasta un niño pequeño puede entender las sencillas palabras de Lucas 2:7: “Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”. Pero los más grandes teólogos del mundo han reflexionado sobre el misterio de ese sencillo versículo y no han sido capaces de comprender la profundidad de las riquezas del conocimiento de Dios. Se han escrito miles de libros sobre ello, pero todos se quedan cortos a la hora de penetrar en el misterio de Cristo hecho carne.

Esta gran maravilla de la Escritura sólo es posible porque es la Palabra inspirada de Dios.

Un reciente artículo aparecido en *U.S. News and World Report* retrata gráficamente lo que se hace a la hermenéutica cuando se niegan estas verdades. El artículo se titula: “¿Quién escribió la Biblia?”. En una introducción al artículo, los editores escriben:

La Biblia se llama a menudo “El Nuevo Testamento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” Pero Jesús no escribió ni una sola palabra. Y aunque algunos de los escritos llevan los nombres de quienes caminaron con Él por los polvorientos caminos de Judea, siglos de estudios han aportado pocas pruebas convincentes de que sus doce discípulos más cercanos escribieran mucho.

En una sección dedicada a los evangelios encontramos lo siguiente:

Sin embargo, hoy en día hay pocos eruditos bíblicos -desde escépticos liberales hasta evangélicos conservadores- que crean que Mateo, Marcos, Lucas y Juan escribieron realmente los Evangelios. En ninguna parte los autores de los textos se identifican por su nombre ni afirman sin ambigüedad haber conocido a Jesús o haber viajado con él. La mayoría de las opiniones de los eruditos modernos sostienen que los cuatro libros se recopilaron a partir de diversas fuentes orales y escritas recogidas durante décadas tras la crucifixión de Jesús, como sugiere el prólogo de Lucas.

Muchos expertos creen que, una vez escritos, los Evangelios fueron redactados o editados repetidamente a medida que se copiaban y circulaban entre los ancianos de la Iglesia durante el siglo I y principios del II.

El artículo aborda a continuación todo el “problema sinóptico” y asegura a los lectores que ya nadie cree que los evangelios tengan un origen independiente. Detrás de los evangelios hay otros escritos, y la forma en que aparecen en nuestras Escrituras se debe a extensos préstamos y ediciones.

En cuanto a las epístolas de Pablo, el artículo afirma:

Durante la mayor parte de la historia cristiana, la autoría de Pablo de las 13 cartas que llevan su nombre fue ampliamente aceptada. Pero los estudiosos modernos han planteado serias dudas, basadas tanto en el contenido como en el estilo de redacción, que sugieren que algunas de las cartas son seudónimas, es decir, escritas por otros que utilizaron el nombre de Pablo para darles autoridad. Tal era la reputación de Pablo en el siglo I d.C.

La autoría de Pablo de siete de las cartas sigue siendo prácticamente indiscutible ...

Entonces, ¿quién escribió las cartas en disputa? La mayoría de los eruditos creen que, tras la muerte de Pablo, sus seguidores, a veces llamados la escuela paulina, continuaron escribiendo en su nombre ...

Un libro reciente del profesor Harold Bloom llega incluso a afirmar que “el autor de las partes más antiguas de la Biblia -las historias de Adán y Eva, Noé, José y Moisés- fue una mujer, descendiente del rey David que trabajaba en el siglo X a.C.”

Y así continúa el artículo, citando a eruditos liberales y conservadores. A nadie parece ocurrírsele que la inspiración de las Escrituras por el Espíritu Santo pone fin a todas y cada una de estas cuestiones de una vez por todas. Pero el artículo es una vívida ilustración de lo que sucede cuando se considera a los hombres como autores, cuando se introduce la autoría humana en la doctrina de la inspiración y cuando se encuentra un elemento humano en la Biblia. Pronto se pierde la verdad de las Escrituras.

Que Dios nos libre de la erudición moderna.

Las verdades de la Escritura que hemos esbozado determinan su interpretación.

## **EL SIGNIFICADO DE LA INTERPRETACIÓN ESPIRITUAL DE LAS ESCRITURAS**

Por interpretación espiritual de la Escritura entendemos: el significado del Espíritu Santo en el texto de la Palabra de Dios. Esto es de crucial importancia en nuestra interpretación de la Escritura. No nos interesa principalmente lo que dijo Pablo, o lo que escribió Isaías, o lo que enseñó Moisés. Nos interesa lo que el Espíritu Santo ha dicho a la Iglesia.

Es precisamente aquí donde nos separamos de cualquier forma de Alta crítica. La crítica histórico-literaria se interesa por el significado de los “autores secundarios.” En su mayor parte, esta crítica se contenta con averiguar lo que Pedro tenía en mente cuando escribió sus dos epístolas. Se plantean todo tipo de cuestiones literarias e históricas cuando se intenta discernir el sentido de Pedro. Y, por la propia naturaleza de la Crítica literario-histórica, la exégesis suele terminar aquí. Pero, como hemos señalado, ésta no es la principal preocupación del exégeta de la Escritura.

Es cierto, y lo admitimos con gusto, que en la medida en que el Espíritu Santo se complace en revelar también estas cosas en las Escrituras, entran en nuestros esfuerzos por comprender la Palabra de Dios. Pero son estrictamente subordinadas y de importancia secundaria. Apoyados firmemente en la verdad de la inspiración infalible del Espíritu Santo, interpretamos las Escrituras para escuchar lo que el Espíritu dice a la Iglesia. Tan importante es esto último que controla y gobierna toda nuestra interpretación. Y la Escritura sólo se explica cuando hemos descubierto en la Sagrada Escritura las palabras y el significado del Espíritu. Todos los aspectos de la interpretación gramatical-histórica deben estar subordinados a esta verdad.

Este importante principio nos implica en la pregunta ¿Qué significa que hay que averiguar la verdad del Espíritu?

En el fondo, el significado del aspecto espiritual de la interpretación es simplemente el viejo principio: la Escritura interpreta la Escritura.

Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de esta regla. Es la única regla que lo abarca todo. Es *el* principio más importante que existe. No sólo está a la cabeza de todas las reglas como regla número uno; es la regla que gobierna todas las reglas subsiguientes. Si se pudiera enunciar una sola regla de interpretación que no existiera otra, sería esta regla sencilla, pero de importancia crucial: La Escritura interpreta la Escritura.

¿Qué significa esta regla?

Aunque no resulte evidente a primera vista, esta regla significa simplemente que el Espíritu Santo, el Autor de toda la Escritura, es el *único* Intérprete de la Escritura. Siendo el tipo de libro que es, escrito por Dios el Espíritu Santo, se sigue con lógica ineludible que el Autor es el único que puede interpretar la Escritura. Ningún hombre puede hacerlo. Y cuando el hombre se arroga la capacidad y el derecho de interpretar la Santa Palabra de Dios, entonces nos hundimos en el lúgubre pantano de la Alta crítica. Las Escrituras pertenecen al Espíritu Santo. Él las escribió. Son Su libro. Sólo Él puede explicarlas.

Pero debemos dar contenido a esta verdad. ¿Qué significa que el Espíritu Santo es el único intérprete de las Escrituras?

Este principio significa dos cosas.

Significa, en primer lugar, que el Espíritu es el Intérprete de la Escritura *objetivamente*. Es decir, el Espíritu Santo explica las Escrituras *por medio de las Escrituras mismas*. O, dicho de otro modo, el Espíritu Santo nos explica el sentido de una parte de la Escritura mediante el estudio de la Escritura en su conjunto. No somos capaces de averiguar lo que significa un pasaje determinado de la Escritura. El Espíritu Santo nos lo dirá diciéndonos lo que enseña el conjunto de las Escrituras.

Quizás una ilustración de esto subraye el punto. Estudiando en clase un pasaje del Evangelio según San Juan, recurrí una vez a un pasaje de la epístola de Pablo a los Colosenses en apoyo de una explicación dada de un concepto del texto. La respuesta del profesor fue: “Tu apelación a los escritos de Pablo es irrelevante, porque aquí estamos tratando con literatura joanina y no con el corpus de escritos paulinos.” En otras palabras, el profesor estaba diciendo que una apelación a otra parte de la Escritura no era de ninguna ayuda en la explicación de un texto del evangelio de Juan porque lo que Juan escribió no está relacionado con lo que escribió Pablo; ambos escribieron como hombres diferentes, en circunstancias históricas diferentes, con propósitos diferentes y para explicar ideas diferentes. De esta posición surge toda la noción de una teología paulina, y eso en distinción de una teología joanina. Mi reacción a esto fue: ¿No nos interesa la teología del Espíritu Santo?

Las Escrituras, como nos hemos esforzado en subrayar, son un todo orgánico. El principio de esta unidad orgánica es el registro inspirado por el Espíritu de la única revelación de Dios en Jesucristo. Al constituir una unidad orgánica, cada parte de la Escritura arroja luz sobre las demás, y cualquier parte puede entenderse a la luz del todo.

Podemos recurrir una vez más al ejemplo del organismo de un árbol. El árbol es un todo orgánico. Uno puede, en un estudio muy especializado, concentrar su atención sólo en una hoja. Pero si estudia la hoja sólo como hoja, y no como parte de todo el árbol, nunca podrá llegar a una comprensión correcta de la hoja. Funciona como una parte de todo el árbol y sólo tiene sentido y significado en la medida en que está relacionada con todo el organismo.

Esto no significa que la hoja no tenga características propias que la hagan identificable como parte individual del árbol, distinta de la raíz y el tronco. Pero sí significa que la hoja sólo tiene sentido en relación con todo el organismo del que forma parte viva.

Lo mismo ocurre con la Escritura. Cada parte tiene un significado propio que le da individualidad e identidad única dentro del todo. Pero cada parte individual sólo tiene sentido y significado como parte del todo.

Es probable que nuestros críticos estén esperando para abalanzarse sobre la verdad que hemos esbozado más arriba y acusarnos de no tener en cuenta las circunstancias históricas y los tiempos en los que se escribió una parte determinada de la Escritura. Están más que ansiosos por señalar que las Escrituras del Antiguo Testamento, por ejemplo, fueron escritas por hombres que no entendían tan claramente como los santos después de Pentecostés las doctrinas de la fe cristiana.

Somos conscientes de ello. Ciertamente Abraham no entendió tan claramente como Pablo la verdad de la resurrección del cuerpo.<sup>17</sup> La revelación de Dios, que está infaliblemente registrada en las Escrituras, es progresiva. Comenzando con la revelación de la promesa a nuestros primeros padres, Dios no reveló inmediatamente toda la verdad concerniente a Cristo. En los tiempos del Antiguo Testamento, la verdad relativa al cumplimiento de la promesa de Dios fue revelada en tipos y sombras y progresó a través de los siglos hasta que se cumplió en Cristo. Y esto debe tenerse en cuenta en cualquier exégesis. Pero todo esto no destruye nuestra tesis de que las Escrituras son un todo orgánico y que el conjunto de las Escrituras debe tenerse en cuenta en nuestro estudio de cualquiera de las doctrinas dadas de las Escrituras.

Este principio se aplica a todos los aspectos de la interpretación. El significado de las palabras, la connotación de los conceptos, la formulación de las doctrinas, la determinación de los principios de la vida cristiana - todo esto debe ser determinado por la Escritura misma. El Espíritu Santo nos dirá lo que quiere decir con una palabra determinada cuando comparemos el texto en el que se encuentra la palabra con todos los lugares de la Escritura en los que aparece esa palabra.

Por citar sólo un ejemplo. La Escritura utiliza a menudo en el Nuevo Testamento la palabra *keerusoo*, que significa “proclamar, predicar.” Esta palabra es, por supuesto, una palabra griega que tenía un cierto significado definido en el griego usado en el día en que la Escritura fue escrita. Ese significado, en resumen, era: “proclamar como un heraldo.” Mientras que la Escritura retiene esa connotación formal de la palabra (algo que obviamente debería hacer si la Escritura fuera a ser inteligible), la Escritura también le da a ese término una connotación única que no se encuentra en ningún escrito secular. Aplica esa palabra a la tarea específica del ministerio ordenado en el trabajo de proclamar el evangelio, un evangelio que es poder de Dios para salvación a todos los que creen. Pablo grita con fuerza: “Pero nosotros *predicamos* a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios” (I Corintios 1:23-24).

Cualquier doctrina de la Escritura puede determinarse mediante un examen de toda la Escritura. Este estudio ha dado como resultado las grandes confesiones de la Iglesia, comenzando por el credo de Nicea-Constantinopla, e incluyendo los credos de la Post-Reforma de los siglos XVI y XVII. Contienen lo que se ha llamado, “la regla de fe.” Y se llaman así porque contienen lo que toda la Escritura enseña con respecto a una doctrina determinada. Son formuladas por la Iglesia a medida que compara Escritura con Escritura y determina lo que el Espíritu Santo enseña respecto a la verdad de Dios en Cristo. Cualquiera, por lo tanto, que ignore los credos de la iglesia hace imposible para sí mismo interpretar correctamente las Escrituras.

Hoy en día se predica mucho sin prestar atención a esta gran verdad. El resultado es que los textos son arrancados de su contexto, tratados sólo como textos individuales sin ninguna consideración del conjunto de la Escritura, y son horriblemente mutilados. Nadie que practique tal exégesis puede pretender hablar con autoridad según el sentido del Espíritu Santo. Y las interpretaciones más extrañas y descabelladas de la Escritura se endilgan a una congregación desprevvenida que se maravilla ante las “percepciones exegéticas” del predicador.

De hecho, mucha falsa doctrina ha sido introducida encubiertamente en la iglesia por medio de tales tratos con la Palabra de Dios.

Lutero ya era profundamente consciente de ello. En su libro, *Captive To The Word*, A. Skevington Wood muestra claramente lo importante que era este principio para el Reformador de Wittenburg. Señala que Lutero era consciente de cómo los herejes se niegan a respetar la unicidad de la Escritura, son capaces de este modo de hacer que la Escritura enseñe cualquier cosa que les plazca, y caen en el error porque su “concepción fragmentada” de la Escritura provoca el fracaso en “equilibrar un área de la enseñanza bíblica con otra.” Cita a Lutero diciendo,

Al principio niegan sólo un artículo, pero después todos deben ser negados. es como con un anillo; si tiene un solo defecto, ya no puede ser usado. Y si una campana se rompe en un solo lugar, ya no suena y es inútil.

Y otra vez,

Cuando el diablo ha conseguido llevar las cosas tan lejos que le entregamos un solo artículo, sale victorioso, y es tan malo como si todos ellos y Cristo mismo estuvieran ya perdidos. Después puede desestabilizar y retirar otros, porque todos están entrelazados y unidos como una cadena de oro, de modo que, si se rompe un eslabón, se rompe toda la cadena, y se deshace. Y no hay artículo que no pueda ser derribado si una vez sucede que la razón se entromete y trata de especular y aprende a dar vuelta y torcer la Escritura para que concuerde con su conclusión. Eso penetra como un dulce veneno.<sup>18</sup>

En otro capítulo de su libro, Wood insiste en este punto. Escribe:

Una elaboración adicional del papel hermenéutico del Espíritu se encuentra en el axioma de Lutero de que la Escritura es su propio intérprete. “Un pasaje de la Escritura debe ser aclarado por otros pasajes”, era una regla que repetía a menudo. Era sólo otra forma de decir que el Espíritu Santo es el verdadero intérprete. Interpretar la Escritura por la Escritura es simplemente dejar que el Espíritu Santo haga su propio trabajo. Está muy bien que la Escritura se explique a sí misma....<sup>19</sup>

El Espíritu es el intérprete de la Escritura, porque la Escritura es el libro del Espíritu.

Pero esta verdad tiene también un lado subjetivo.

El Espíritu Santo no sólo es el intérprete de las Escrituras objetivamente en las Escrituras mismas, sino que también es el intérprete subjetivo en los corazones y las mentes de los exégetas humanos.

De esto también habló Lutero; y volvemos de nuevo al libro de Wood para aclararlo. Wood escribe:

(Lutero) comenzó estableciendo como axiomático que las Escrituras no deben ser manipuladas al antojo del comentarista. Él no quería métodos tan arrogantes.... La comprensión correcta de las Escrituras, declaró Lutero, “no surge del corazón o la mente humana”, ya que es “una enseñanza revelada desde el cielo.” Tampoco puede ser aprehendida por el que opina por sí mismo. El hombre que trata de imponer su propia voluntad a la Escritura la encontrará cerrada y vedada para él. “Nunca olerá ni saboreará una chispa o una tilde del verdadero significado de un pasaje o una palabra de la Escritura. Podrá hacer mucho ruido e incluso imaginar que está mejorando la Sagrada Escritura, pero nunca lo conseguirá.”

La interpretación de la Escritura es prerrogativa de Dios y no del hombre. “Si Dios no abre y explica la Sagrada Escritura, nadie podrá entenderla; seguirá siendo un libro cerrado, envuelto en tinieblas”. ... “El Espíritu Santo debe ser el Maestro y el Guía.” Fue “obra sólo del Espíritu Santo” iluminar el corazón de José para poder explicar los sueños del Faraón; es Su función exponer las Escrituras. Las revelaciones de Dios “requerían al Espíritu Santo como intérprete.” Las “doctrinas divinas y celestiales” de “arrepentimiento, pecado, gracia, justificación, adoración a Dios” que se encuentran en las Escrituras, no pueden entrar en el corazón del hombre “a menos que sean enseñadas por el gran Espíritu.”

... “La comprensión adecuada” de la Escritura sólo llega a través del Espíritu Santo. No basta con poseer la revelación de la Palabra: también es necesaria la iluminación del Espíritu Santo para

conocer su significado... Concluyó que “al final, sólo el Espíritu Santo que viene del cielo puede crear oyentes y alumnos que acepten esta doctrina y crean que la Palabra es Dios, que el Hijo de Dios es la Palabra, y que la Palabra se hizo carne, que Él es también la Luz que puede iluminar a todos los hombres que vienen al mundo, y que sin esta Luz todo son tinieblas.”<sup>20</sup>

Debemos entender claramente lo que Lutero está diciendo aquí. No *pretende* negar que, debido a la perspicuidad de la Escritura, cualquiera, creyente o incrédulo, pueda entender la Palabra de Dios. Probablemente el diablo entiende las Escrituras más claramente que cualquier hombre, porque tiene 6000 años de experiencia en el trato con la Palabra y tiene el beneficio de innumerables santos que han estudiado las Escrituras y han expuesto su significado en un lenguaje claro e inequívoco.

Pero el hombre que no tiene el Espíritu en su corazón es un enemigo de Dios. Como tal, odia las Escrituras como odia a Dios. El resultado será que, a partir de este odio profundamente arraigado e inerradicable contra Dios, pervertirá las Escrituras para adaptarlas a sus propios propósitos. Por lo tanto, sólo el hombre cuyo odio ha sido erradicado y cuyo corazón ha sido santificado puede ser un exégeta apropiado de la Palabra de Dios.

La naturaleza de la Escritura es tal que no es un libro que se pueda tomar, leer y considerar por su valor inherente. No es como un libro de texto de astronomía. No es un libro de historia que pretenda registrar los hechos pasados de los hombres. Ni siquiera es como *la Dogmática* de Charles Hodge. Cada libro escrito por los hombres, podemos recogerlo, leerlo, evaluarlo y dejarlo. Puede que saquemos provecho de él; puede que no saquemos ningún provecho del tiempo que le dediquemos; puede que admitamos que ejerce cierta influencia en nuestro pensamiento y en nuestra vida; puede que seamos escépticos en cuanto a su utilidad; puede que incluso lo ignoremos y no adoptemos ninguna postura sobre su contenido. Pero la Escritura nunca puede ser tratada de esta manera. Es la Palabra de Dios inscrita. Viene con la autoridad de Dios mismo. Exige obediencia y aceptación. La neutralidad hacia ella es imposible. Nunca se puede decir de ella: No necesito hacer nada al respecto; no necesito tomar ninguna posición en relación con ella. Incluso la neutralidad es oposición a este gran libro de Dios. Jesús lo deja claro: “El que no está conmigo, contra mí está” (Mateo 12:30). Se odia o se ama. Se le obedece o se le desobedece. Uno se inclina ante él o, como Lutero lo expresa tan gráficamente, uno tuerce la nariz.

Y esto es así porque en este libro uno se enfrenta a Cristo. Esto es ineludible. Cada vez que uno toma la Escritura para leerla, cada línea que uno oye leer o proclamar, uno se encuentra confrontado con el Cristo de las Escrituras. Rechazar las Escrituras es rechazar a Cristo y a Dios. Burlarse de ellas es burlarse de Cristo y de Dios. Dejarla de lado como irrelevante es dejar de lado como irrelevante a Cristo - y a Dios. Pero creerla, es creer a Cristo, y creer a Cristo es creer a Dios, porque Cristo es el Hijo de Dios. Inclinarsse ante las Escrituras no es “bibliolatría”; es inclinarse ante el Cristo de las Escrituras y adorar a Dios. Tomar la Biblia como lámpara a nuestros pies y luz en nuestro camino es tomar a Cristo como nuestra única luz. Alimentarse de la Escritura es comer a Cristo. Armarse con las Escrituras es armarse con la fuerza de Cristo. Todo es una misma cosa.

No se trata de aprobar el último curso de la universidad, no se trata de dar un paso hacia el doctorado, ni siquiera se trata de cuestiones que puedan enriquecer nuestro conocimiento general de las cosas. Las cuestiones son la vida y la muerte, la bendición y la maldición, el cielo y el infierno. Rechazar las Escrituras es incurrir en la ira feroz de Dios todopoderoso, hundirse en la muerte, ir al infierno. Creer las Escrituras es caminar en el favor de Dios, tener vida, ir al cielo.

Aparte de la obra soberana de la gracia realizada por el Espíritu de Cristo, el mismo Espíritu que inspiró las páginas de la Sagrada Escritura, ningún hombre es capaz de entender las Escrituras o ser su intérprete. Este es el punto de Lutero. Este es el punto de todos los fieles exégetas de la Sagrada Escritura. Sin la gracia, estamos ciegos y muertos. Somos incapaces de ver la gran luz de la Palabra. Damos tumbos en la noche oscura de nuestra muerte hasta que tropezamos y caemos en el abismo. Si haces brillar el foco más brillante en los ojos de un ciego, no hay diferencia. Él no puede ver esa luz. La Palabra de Dios es una lámpara y una luz (Salmo 119:105), pero no para el ciego. Una linterna en una noche oscura no significa nada para el hombre cuyos nervios ópticos están muertos. Toda la luz de la Palabra no puede ser vista por los ciegos espirituales que andan a tientas en su ceguera y se felicitan unos a otros por lo bien que ven y lo bien que se están abriendo camino en el mundo - mientras se tambalean al borde del abismo del infierno. Así que la Escritura no significa nada para el pecador espiritualmente muerto, y su ceguera le impide comprender la verdad de la revelación de Dios.

Sólo cuando estamos tan transformados por el asombroso poder de la gracia que nuestras voluntades son coaccionadas por la obra irresistible del Espíritu y nuestras mentes son iluminadas por la obra limpiadora y purificadora de la gracia, podemos también ver las Escrituras por lo que son. Sólo cuando el odio ha sido desterrado de nuestras almas y sustituido por el dulce amor de Dios en Cristo, podemos a su vez amar la Palabra de Cristo y así comprenderla e interpretarla correctamente.

Hay una especie de analogía en nuestras relaciones humanas. Admitiendo en todo momento que no hace justicia a nuestra relación con la Escritura, podemos sin embargo entender el punto cuando consideramos una carta escrita por un marido a su esposa de cuarenta años. Otra persona puede leer esa carta, pero entenderá muy poco de lo que dice, aunque tenga una comprensión formal de las palabras. No sabrá nada de las alusiones que se hacen, nada de las experiencias compartidas a las que se hace referencia, nada de la intimidad del amor que brilla en cada página. Pero la esposa lo leerá y lo entenderá todo. Cada palabra le traerá un torrente de recuerdos. Cada pensamiento le transmitirá el amor de su marido. Cada línea tendrá tres líneas “entre” para que ella lea realmente “entre líneas” y sepa exactamente lo que su marido está diciendo.

En un plano mucho más elevado es esto cierto de la Escritura. Todo aquel que no tiene el Espíritu odiará ese libro, porque odia al Cristo de ese libro y odia al Dios revelado en Cristo. Pero el creyente, unido a Cristo, beberá profundamente de sus refrescantes aguas y se deleitará en el gran misterio del amor de Cristo, que no conoce límites humanos.

La verdadera interpretación de la Escritura está abierta a quien está iluminado por el Espíritu, por la forma misma en que el Espíritu actúa. El Espíritu es el Espíritu de Cristo, que Cristo mismo prometió como don a la Iglesia para *guiarla* a toda la verdad (Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7-13). La obra del Espíritu nunca está separada de la Palabra. Todo misticismo, subjetivismo, pentecostalismo, etc. separa la obra del Espíritu de la Palabra. Pero cuando Él obra a través de la Palabra de tal manera que el creyente es iluminado por Su obra, esa misma Palabra queda impresa en su conciencia e indeleblemente grabada en su corazón. El creyente no sólo oye a alguien hablar de un hombre que murió en el Calvario, de quien algunos alegan que murió por el pecado; el creyente, por obra del Espíritu, oye hablar del Cristo de Dios que vino al mundo para hacer expiación por el pecado, y por *su* pecado. Lee lo que Dios ha hecho por *él* en Cristo. Pero esto adquiere características tan intensamente personales debido a la obra del Espíritu que, a través de la Palabra, trae la verdad de la Palabra a la vida y a la experiencia del hijo de Dios. Sólo él puede ser intérprete de la Escritura.

Cuando el hijo de Dios, ya sea un predicador, un teólogo, un padre, un santo anciano, un niño pequeño, se acerca a la Palabra, se acerca a ella no como a una interesante pieza de literatura antigua, no como a un libro que registra las experiencias religiosas de personas de antaño, no como a una colección de antiguas historias de hechos y hazañas de personas del pasado remoto, ni siquiera como a un libro que contiene algunas joyas de sabiduría transmitidas a lo largo de los años. Se acerca a la Escritura como a la misma Palabra de Dios. Llega con la oración de Samuel en los labios: “Habla, que tu siervo escucha.”

La posición correcta y apropiada es estar de rodillas en adoración y culto. Qué malvadas son las arrogantes afirmaciones de los críticos que nos hablan de toda la información literaria, histórica, arqueológica y rabínica que necesitamos si queremos ver lo que Lucas quiere decir en su escrito. Qué orgulloso es el racionalista que se coloca por encima de las Escrituras y juzga sin piedad enormes secciones de las Escrituras, relegando gran parte al ámbito del mito y la saga, caracterizando secciones enteras como opiniones “condicionadas por el tiempo y la cultura” de hombres antiguos. Pedro tiene una palabra para ellos: Tergiversan la Escritura para su propia destrucción (II Pedro 3:16). Y en contraste con esta horrible caracterización, viene la palabra de Cristo para nosotros: “Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos de que por el error de los perversos no seáis arrastrados junto con ellos y caigáis de vuestra firmeza.” (II Pedro 3:17).

Esta es la interpretación espiritual de las Escrituras. Es la principal, la única regla para la interpretación. Es el hombre que utiliza esta regla quien podrá entender y explicar el significado de la Sagrada Escritura.

## INTRODUCCIÓN A LA CONCLUSIÓN

En artículos anteriores sobre este tema hemos examinado las diversas cuestiones que surgen de la crítica superior en el ámbito de la Hermenéutica bíblica. Hemos defendido un punto de vista de la Hermenéutica que se apoya firmemente en la verdad de la inspiración infalible, particularmente en la verdad de que las Escrituras, como Palabra de Dios infaliblemente inspirada, no contienen ningún elemento humano.

Por esta razón, hemos adoptado un método de Hermenéutica que llamamos el método Espiritual-Gramático-Histórico, un método que da prioridad a la palabra “Espiritual.” Con ello, como señalamos en el último artículo, queremos decir que el Espíritu Santo, que es Quien ha inspirado las Escrituras, es también el único Intérprete de las Escrituras.

Que el Espíritu Santo sea el único intérprete de las Escrituras significa dos cosas: Significa que el Espíritu Santo interpreta las Escrituras con Su propio libro, la Biblia misma: el principio de “La Escritura Interpreta la Escritura”; y significa que el Espíritu Santo interpreta las Escrituras por Su obra salvadora de gracia en el corazón del intérprete humano para que su mente sea iluminada, su voluntad hecha conforme a la voluntad de Dios, y su vida entera una disposición para estar sujeta a la regla autoritativa de las Escrituras.

Todavía tenemos que discutir ese aspecto de las Escrituras que involucra los elementos “Gramático-Histórico” de una hermenéutica apropiada. A esto dedicaremos un artículo final.

## LA BASE DEL MÉTODO GRAMÁTICO-HISTÓRICO

Entre los críticos superiores, se presta toda la atención al aspecto de la interpretación bíblica llamado método “Gramático-Histórico.” A menudo se argumenta que, aunque las Escrituras están inspiradas por el Espíritu Santo, también están escritas por hombres. Estos hombres no funcionaban como meros autómatas, según se dice; ni eran meros amanuenses del Espíritu Santo. Eran hombres racionales y morales que vivían en una determinada cultura antigua, creían en ideas corrientes, poseían sus propios dones y personalidades únicas, dirigían sus escritos a circunstancias específicas de la cultura en la que vivían y reflejaban todas estas características únicas en sus escritos. El Espíritu Santo los utilizó tal como eran. Por lo tanto, ellos fueron los “autores” humanos de las Escrituras, y las Escrituras, en consecuencia, poseen un elemento humano. La hermenéutica, se dice, debe tener esto en cuenta. El método histórico-gramatical de la Hermenéutica hace exactamente eso.

Aunque, como señalamos en un artículo anterior, los que adoptan esta postura se concentran tan exclusivamente en este elemento humano que la obra del Espíritu Santo es prácticamente ignorada y, por tanto, prácticamente negada en la práctica, la pregunta sigue en pie: ¿Llevan las Escrituras esta impronta de los hombres que Dios utilizó para escribir las Escrituras? Y si es así, ¿no es legítimo considerar este elemento en cualquier interpretación correcta de las Escrituras?

Ambas preguntas deben responderse afirmativamente. En efecto, las Escrituras llevan consigo la impronta de sus escritores humanos; y, de hecho, esto debe tenerse en cuenta si uno quiere entender las Escrituras correctamente. Cualquiera que conozca mínimamente la Sagrada Escritura sabe que los Salmos de David son los cantos de un poeta y difieren mucho del cuidadoso razonamiento del apóstol Pablo, que se formó a los pies de Gamaliel. Las elevadas profecías de Isaías difieren notablemente de los escritos del pastor de ovejas de Tecoa. Los escritos del intuitivo apóstol Juan contrastan con los apasionados escritos de Santiago, el hermano del Señor.

Dios quiso que las Escrituras se escribieran así. Los hombres que Dios utilizó funcionaban como hombres, no como robots. Sus escritos reflejan su cultura. Sus personalidades están indeleblemente impresas en lo que escribieron. Esto forma parte de la maravilla de las Escrituras. No debemos caer en la tentación de negar este elemento de las Escrituras por el uso perverso que hacen de él quienes defienden la alta crítica.

Sin embargo, cuando los críticos superiores, adictos a la crítica literario-histórica o de cualquier otro tipo, aplican el método gramático-histórico de la Hermenéutica a la interpretación bíblica de tal manera que se niega de hecho la inspiración del Espíritu Santo, abren automáticamente la puerta a los “errores” en las Escrituras. Los críticos usan este método para encontrar mucho en la Biblia que está “limitado por el tiempo” y “condicionado culturalmente.” Así, no sólo se encuentran en las Escrituras errores gramaticales, históricos y científicos, sino que gran parte de las Escrituras, aunque ciertas en su tiempo, ya no son relevantes ni autoritativas para nuestros días. Lo que es relevante se limita a las verdades básicas de la redención y la salvación, aunque sigue siendo una cuestión seria: ¿Quién determina lo que pertenece a la salvación en las Escrituras?

Es esta misma línea de argumentación la que subyace tras el apoyo a las enseñanzas evolucionistas en los colegios, universidades y seminarios de hoy en día. Se argumenta que la creación no es algo relacionado con la redención; que, por lo tanto, no debemos buscar en las Escrituras ninguna información sobre la cuestión de cómo surgieron los mundos. Para obtener tal información, debemos recurrir únicamente a la

ciencia, y la ciencia demuestra de manera concluyente que las formas superiores de vida evolucionaron a partir de formas inferiores.

Es también esta línea de razonamiento la que se utiliza para apoyar la posición de que las mujeres pueden ocupar cargos especiales en la iglesia. Los más honestos de los que apoyan esta posición admiten que las Escrituras se oponen a ella. Pero argumentan que, en estos aspectos, las Escrituras hablan sólo a su propio tiempo, reflejan la posición de los autores humanos de las Escrituras, y se dirigen a los problemas actuales en la iglesia de ese día. Pero cualquier aplicación de estos versículos a nuestra situación moderna es errónea, porque las Escrituras están, después de todo, limitadas por el tiempo y condicionadas culturalmente.

A menudo se oye la acusación de que los que atribuyen las Escrituras sólo a Dios el Espíritu Santo son culpables de gnosticismo. El gnosticismo es una antigua herejía de la nueva dispensación que negaba la realidad de la naturaleza humana de Cristo y afirmaba que la naturaleza humana de Cristo era sólo una apariencia. De manera similar, se dice que aquellos que afirman que las Escrituras son sólo la Palabra de Dios, sin ningún elemento humano en ellas, y que interpretan las Escrituras sólo como la Palabra de Dios, hacen injusticia e incluso niegan el elemento humano en las Escrituras. Se dice entonces que son culpables de gnosticismo.

La acusación de gnosticismo es grave y la rechazamos enfáticamente. La acusación se basa en una analogía entre la encarnación de nuestro Señor Jesucristo y la inspiración de las Escrituras, una analogía que todo el mundo tiene que admitir que no tiene base bíblica. Pero supongamos por un momento que la analogía es aceptable. Si lo es, y si se utiliza para apoyar la idea de la autoría humana, se convierte a su vez en una especie de nestorianismo.<sup>21</sup> Aunque es cierto que Cristo poseía no sólo una naturaleza divina, sino también una naturaleza humana verdadera, completa y perfecta, estas dos naturalezas estaban, sin embargo, unidas en la única persona de la segunda persona de la Santísima Trinidad. El Hijo eterno era la persona de la naturaleza humana además de la divina, y el sujeto de toda la actividad de la naturaleza humana. O, dicho de otro modo, Dios Hijo es el sujeto de todos los actos de la naturaleza humana de Cristo.

Si, por lo tanto, se permite la analogía entre la encarnación y la inspiración de las Escrituras, la analogía se aplicaría a las Escrituras de esta manera: Dios Espíritu Santo, aunque se sirvió de hombres, sigue siendo el único Sujeto de la totalidad de las Escrituras, de modo que no queda en ellas ninguna autoría humana ni ningún elemento humano.

Sin embargo, una analogía más adecuada es la que existe entre la inspiración de las Escrituras y la obra de salvación en los corazones y las vidas de los elegidos por los que Cristo murió.

La legitimidad de esta analogía se basa en el hecho de que la inspiración de las Escrituras pertenece orgánicamente a la obra de la salvación y forma parte de ella. Dios dio las Escrituras como parte de Su obra de salvación en Jesucristo.

Considere los siguientes puntos.

1. Si podemos hablar hipotéticamente por un momento, la caída de Adán fue la ocasión histórica inmediata para la revelación de Dios en Jesucristo.<sup>22</sup> Es decir, si Adán no hubiera caído, nunca se habrían dado las Escrituras. Las Escrituras son dadas como parte de la obra de la salvación del hombre caído.

2. El contenido de las Escrituras es el registro infaliblemente inspirado de la revelación de Dios en Cristo Jesús, que es el Hijo divino en nuestra carne, por medio del cual se realiza toda la salvación.

3. Las Escrituras son dadas por Dios a la Iglesia. Tienen como mensaje central la salvación en Cristo. Son dadas por Dios para que su pueblo elegido pueda conocer la salvación revelada y realizada por medio de Cristo. Aunque ciertamente las Escrituras tienen una aplicación más amplia en su llamado divino a todos los hombres a seguir el camino del arrepentimiento y la fe, esto no quita el hecho de que las Escrituras están destinadas al pueblo elegido de Dios. Incluso la llamada al arrepentimiento y a la fe, que se dirige tanto a los elegidos como a los réprobos, tiene su finalidad primordial en la salvación de los elegidos. Las Escrituras son la «carta de amor» del Esposo Cristo a Su novia elegida.

4. Las Escrituras son el medio por el cual Dios salva a Su iglesia. Las Escrituras son el instrumento de salvación al ser predicadas. Dios nunca salva de otra manera que no sea por medio de las Escrituras. Contienen el evangelio que es poder de Dios para salvación a todos los que creen.

5. Las Escrituras son la regla para la fe y la vida de los santos. Apartarse de las Escrituras conduce al infierno eterno. La fidelidad a las Escrituras trae la salvación en esta vida y en la venidera.

Por lo tanto, toda la salvación está envuelta en las Escrituras, tal como Dios quiso cuando dio las Escrituras a Su iglesia como parte orgánica de su salvación.

Por lo tanto, podemos comparar la inspiración de las Escrituras con la obra de la salvación.

Esto tiene dos aspectos.

Por un lado, un hijo elegido de Dios es salvado de tal manera que es salvado como individuo con la personalidad y el carácter que Dios le ha dado. La salvación no lo cambia física y psicológicamente. Lo cambia espiritualmente de un pecador corrupto y depravado a un santo. Sigue siendo la misma persona desde el nacimiento hasta la muerte y en la eternidad. Tan cierto es esto que incluso las buenas obras que realiza son distintiva y únicamente suyas, de modo que nadie más es capaz de realizarlas exactamente igual que él. Son sus buenas obras, por las que será recompensado.

Pero, por otra parte, toda la obra de la salvación es obra de Dios. Esto no sólo es verdad en el sentido de que la salvación es ganada para el pecador inmerecido por la cruz de Jesucristo; sino que la salvación es aplicada soberanamente al pecador elegido por la obra eficaz del Espíritu, de modo que toda la obra de la salvación es obra de Dios solamente. El pecador no contribuye en nada a su salvación. es toda de gracia. Efesios 2:8-10, al explicar que la salvación es sólo por gracia y no por obras, describe el lugar que ocupan las obras en la vida del creyente atribuyéndolas a la hechura de Dios. Los Cánones de Dordt (III, IV:14), al hablar del lugar crucial que ocupa la fe en la obra de la salvación, rechazan la noción de que la fe es ofrecida por Dios para ser aceptada o rechazada a voluntad del hombre; rechaza la noción de que Dios otorga el poder o la capacidad de creer, y “después esperara de la voluntad libre el consentimiento del hombre o el creer de un modo efectivo” y crea realmente. Más bien insiste en que Dios, “que obra en tal circunstancia el querer y el hacer, es más, que obra todo en todos, realiza en el hombre ambas cosas: la voluntad de creer y la fe misma.”

Esta obra de salvación los Cánones la describen como “una operación totalmente sobrenatural, poderosísima y, al mismo tiempo, hermosa, milagrosa, oculta e inexpressable, la cual, según el testimonio

de la Escritura (inspirada por el autor de esta operación), no es menor ni inferior en su poder que la creación o la resurrección de los muertos” (III, IV:12).

Lo mismo sucede con la inspiración de las Escrituras. Es obra exclusiva de Dios que Él realiza, de modo que las Escrituras son la obra misma de Dios y son la Palabra infalible e inerrante de Dios. Incluso el hecho de que Dios se sirviera de hombres para escribir las Escrituras no niega esto, pues Dios obra al dar las Escrituras de la misma manera en que obra en la salvación. Así como no hay factor o elemento o autoría humana en la obra de la salvación, tampoco hay factor o elemento o autoría humana en la preparación de las Escrituras. También ellas surgieron de un modo “hermosa, milagrosa, oculta e inexpresable.”

Quien interpone un elemento humano en las Escrituras interpone un elemento humano en la salvación y cae en la trampa del arminianismo.

Es de esta manera que el uso de los hombres debe ser entendido en la obra de la inspiración de las Escrituras. Y es de esta manera que el método gramático-histórico debe ser entendido.

## **EL MÉTODO GRAMÁTICO-HISTÓRICO A LA LUZ DE LA INSPIRACIÓN DIVINA**

El método gramático-histórico de interpretación implica ciertas verdades sobre las Escrituras.

Implica, en primer lugar, que Dios usó hombres para escribir las Escrituras, hombres de diferentes personalidades y caracteres, hombres de diferentes dones y llamados, hombres de diferente educación y habilidades. Cada uno ha dejado el sello de su propio carácter en lo que escribió. Sin embargo, que las Escrituras sigan siendo la Palabra de Dios es posible porque cada hombre es en sí mismo creación de Dios. Dios lo eligió desde toda la eternidad como alguien a quien Dios decidió utilizar para escribir las Escrituras. Dios lo eligió como miembro de la Iglesia. Dios lo redimió mediante la sangre de la cruz. Dios le dio a cada uno su propio carácter y capacidad, perfectamente adecuados para la tarea de escribir esa parte de las Escrituras que Dios había determinado que escribiera Dios controló, a través de la maravilla de la providencia, toda la crianza y educación del hombre, todos los dones y habilidades del hombre, todo lo necesario para que ese hombre escribiera la porción de las Escrituras que Dios lo usó para escribir. Todo esto fue obra de Dios. Él moldeó y formó el instrumento.

En segundo lugar, el método Gramático-Histórico implica que cada hombre escribió dentro de una cultura dada, bajo circunstancias dadas, a un pueblo dado, con un propósito dado. Los Salmos se escribieron en relación con el culto en el templo de la antigua dispensación, para ser cantados en relación con el culto a Dios en el templo. Pablo escribió su epístola a los Gálatas como un correctivo contra los errores del judaísmo que se habían introducido en las iglesias de esta parte oriental de Asia Menor. Moisés escribió en los primeros días de la historia de Israel. Mateo escribió como un registro del ministerio terrenal del Señor Jesús del que había sido testigo. Lucas escribió en los días del imperio romano. Hageo escribió después del regreso de Judá del cautiverio. Cada uno escribió en conexión con los tiempos, los acontecimientos históricos, las circunstancias, la cultura de su tiempo y lugar en el mundo.

Además, cada uno escribió en una lengua humana, ya fuera en el hebreo que hablaba Israel o en el griego que era la lengua universal durante el período de la Pax Romana.

Sin embargo, aunque todo esto es cierto, la Palabra que cada uno escribió es la misma Palabra de Dios.

Las lenguas en las que fueron escritas las Escrituras no fueron simples invenciones de los hombres, ni parte del desarrollo evolutivo de la raza humana. Eran lenguas especialmente preparadas por Dios para servir como vehículos de la revelación divina. Estaban especialmente adaptadas para ese fin. Fueron dadas a los hombres para que sirvieran como medio verbal para transmitir la revelación de Dios en forma escrita. La Palabra eterna de Dios, Cristo en el centro, fue dada en forma humana.

Algunos se han opuesto a la inspiración verbal alegando que el Dios infinito no puede darse a conocer a través de formas o lenguas finitas. Dicen que lo infinito (Dios) no puede contenerse en lo finito (el lenguaje humano). Esto es una negación rotunda de la revelación. Al fin y al cabo, toda la creación, formada por la Palabra de Dios, revela a Dios. También las Escrituras. En lenguas humanas habló Dios para que estas palabras humanas, finitas, transmitan el conocimiento verdadero y pleno de Dios mismo y de la obra de salvación que Él realiza en Cristo.

Nadie que crea en la inspiración infalible negaría que esto también es milagroso. Pero no es menos milagroso que el hecho de que Dios hiciera que las aguas del Mar Rojo se abrieran ante Israel, que la cabeza de hierro del hacha nadara, que el leproso quedara limpio, que los muertos resucitaran, que el sol y la luna se detuvieran ante la oración de Josué. Si Dios puede hacer caer los muros de Jericó y sacar agua de la roca, Dios puede dar su propia Palabra en Cristo en forma de lenguaje humano.

Es cierto que Dios, para usar la expresión de Calvino, se rebaja y nos habla en lenguaje infantil. Pero esto no quita el hecho de que lo que Dios dice es verdad, verdad tal como es en sí mismo. Y la mayor maravilla de todo esto es que Dios, a través de esa Palabra, salva a los pecadores. Este es un milagro que se compara en poder y eficacia con la creación de los mundos cuando Dios llamó a la existencia cosas que no eran como si fueran. El que niega las Escrituras debe necesariamente negar cualquier milagro, no siendo el menor de ellos el milagro de la salvación de los pecadores.

Si creemos en la providencia, entonces también debemos admitir que todas las circunstancias culturales e históricas bajo las cuales se escribieron las Escrituras fueron ordenadas por Dios y llevadas a cabo por Su soberana dirección y control. Y que estas circunstancias fueran de tal tipo que sirvieran precisamente como las circunstancias bajo las cuales y dentro de las cuales Dios eligió revelarse no debería sorprendernos. La revelación pertenece a la historia. La Palabra reveladora de Dios fue pronunciada en la historia. Pero no es menos cierto que la historia misma es la obra de Dios en sus detalles más minuciosos. Ambas cosas van unidas. Dios no sólo creó todas las cosas, sino que las realiza según el designio de su voluntad. Como parte de esa historia, no en ningún sentido dualista, Dios hizo que la Palabra de Cristo fuera pronunciada en cada época. La misma Palabra de Cristo forma parte de la historia. La creación y la historia son el escenario en el que se representa el gran drama de la salvación por medio de Jesucristo. El proto-evangelio fue pronunciado en la historia a nuestros acobardados y temerosos primeros padres. La luna y el sol se detuvieron en nuestro sistema solar. Salió agua de la roca en Refidim, en el desierto del Sinaí. Eliseo resucitó al hijo de la sunamita en el Reino del Norte de Israel. Cristo nació en el establo de Belén mientras César Augusto gobernaba el mundo. Su cruz fue plantada en el Calvario, a las afueras de Jerusalén, en el año de Nuestro Señor, el 33 d. C. Resucitó del huerto de José y ascendió del monte de los Olivos, lugares de esta creación terrena donde se desarrolla la historia. Todo forma parte de la historia, entretelado con ella, perteneciendo a ella según el propósito de Dios.

Y la escritura de las Escrituras también forma parte de la historia. David escribió el Salmo 23 sentado en una roca cerca del pasto donde pastaban las ovejas de Jesé. Jeremías reescribió su profecía después de que el rey de Judá la quemara página a página en su chimenea. Pablo tomó la pluma mientras estaba en la cárcel de Roma para escribir su carta a los santos de Filipos. Las Escrituras, como registro de la revelación, fueron escritas a su vez como parte de la revelación; y ambas están tan entrelazadas con la historia de Dios que forman no sólo una parte de ella, sino el significado central de toda ella.

Toda la Escritura fue escrita con fines particularmente históricos. Pero las ocasiones para la escritura de cada parte fueron también soberanamente traídas a la existencia por la mano de Dios. Dios quería que se cantaran cánticos en el templo, y los dulces cantores de Israel los escribieron. Dios trajo a Nabucodonosor contra Jerusalén -- e inspiró a Jeremías a traer la Palabra de Dios a Judá bajo esas circunstancias. Dios levantó a los judaizantes en las iglesias gálatas e inspiró al apóstol a escribir contra ellos.

Y así las Escrituras fueron escritas en el lenguaje de los tiempos, bajo las circunstancias del momento histórico, con ocasiones históricas en mente, por hombres que eran hombres de sus tiempos, no cristianos del siglo veinte. Recorrieron los caminos de Palestina y del Imperio Romano. Vestían según la indumentaria aceptada de la época. Hablaban hebreo y griego. Observaron a los agricultores sembrar sus semillas. Presenciaron la apostasía y las batallas espirituales. Oían los gritos de los soldados que luchaban con espadas y flechas. Vivían en casas como las que habitaba cualquier hombre. Conocieron el bullicio de las ciudades y el silencio del atardecer en el mar de Galilea. No desconocían la flora y la fauna de Palestina y Oriente Próximo.

Y todas estas cosas las escribieron y describieron al redactar la Palabra de Dios. Hablaban, al escribir la Palabra de Dios, de hisopos y rosas de Sarón, de altas montañas y fértiles valles, de cinturones atados a la cintura para sujetar largas túnicas, de pendientes, narigueras, brazaletes y todo lo que se usaba para adornar a las mujeres. Utilizaban plumas y papel de papiro para escribir, y se dirigían a sus destinatarios de acuerdo con toda la cultura de la época. Pero escribían la Palabra infalible de Dios, que entra estruendosamente en la historia de este mundo por el prodigio de la gracia. Caminaron con Cristo y hablaron con Él, y comprendieron que se había producido un cataclismo cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Lloraron al pie del Calvario y vieron sus esperanzas hechas mil pedazos, pero gritaron de alegría cuando no se glorificaron en otra cosa que en Cristo crucificado. Se quedaron con la boca abierta ante la tumba vacía, pero exaltados en la verdad de que ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos. Llevaban a sus seres queridos a la tumba y lo hacían con la esperanza de la resurrección.

Así, aunque las Escrituras se escribieron en un tiempo determinado y en unas circunstancias determinadas, son las Escrituras eternamente relevantes para la Iglesia de todas las épocas. La lucha de Jacob con el ángel en Peniel es relevante para el hombre del siglo XX. La Palabra de Dios a través de Isaías a Moab es una Palabra que todavía truena contra los reinos de este mundo. Las elevadas enseñanzas de Cristo sobre la puerta ancha y estrecha siguen llamando a los creyentes de todo el mundo a una vida de humildad y abnegación. El agudo castigo de Pablo a la inmoralidad en Corinto resuena en nuestra cultura del siglo XX, saturada de sexo.

¿Cómo puede ser que una Palabra pronunciada hace tanto tiempo sea una Palabra actual?

La razón fundamental es que la Palabra de Dios es siempre y eternamente la misma. “Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba; se secó la hierba, y la flor se cayó, mas la

palabra del Señor permanece para siempre” (1 P. 1:24-25). Es la Palabra que Dios pronuncia para revelarse a Sí mismo. Es la Palabra hablada a través de Cristo, por la que Dios revela las riquezas de su propia vida trinitaria mediante la gran obra de salvación en Cristo. Cada parte de las Escrituras es esa única Palabra de Cristo. Esa Palabra nos es dada en las Escrituras. Aunque esa Palabra fue hablada e inscrita desde el principio de la historia hasta las revelaciones finales del apóstol Juan, y, por lo tanto, también hablada en entornos culturales específicos, es la Palabra viva y permanente de Dios que nunca puede cambiar.

La iglesia elegida de Cristo siempre se salva exactamente de la misma manera por medio de Jesucristo. La salvación es siempre por el camino de la regeneración, la fe, la conversión, la justificación, la santificación y la esperanza de la vida eterna. Los patriarcas buscaban una ciudad mejor, es decir, celestial; nosotros también. Todo es lo mismo, pues la salvación es siempre por gracia por medio de Cristo.

La vocación de la Iglesia en el mundo es siempre la misma. Es siempre amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Noé fue llamado a esta santa vocación; nosotros también. Cualesquiera que sean las circunstancias de la vida, en cualquier época en que vivamos, en cualquier período de la historia en que Dios nos llame a peregrinar, esta vocación sigue siendo la misma.

Los problemas de la vida a los que se enfrenta cada creyente son los mismos. La batalla de la fe es la misma en todas las épocas, porque el enemigo es el mismo: el diablo, el mundo perverso, nuestra propia carne pecadora. Las armas que usamos en esta batalla son las mismas: las armas de la Palabra de Dios y la oración. Las herejías no son diferentes. Pablo tuvo que advertir a los gálatas contra la herejía del judaísmo que enseñaba una salvación por obras. Hoy Roma enseña lo mismo, y el error reaparece a lo largo de la historia en el pelagianismo y el arminianismo. Todavía hoy, como siempre, el creyente se ve acosado por las tentaciones, está agobiado por las preocupaciones de la vida, soporta el dolor y la angustia, se enfrenta a la muerte como el último enemigo; pero también hoy, como en los días del Señor Jesús, está llamado a caminar en tranquila confianza en Dios, a someterse a la voluntad de Dios, a mirar a la ciudad que tiene fundamentos, a humillarse bajo la poderosa mano de Dios, a tomar su cruz y seguir a Cristo.

En cada época el pueblo de Dios, aunque salvado por la gracia, es salvado incompletamente. Todavía pecan con los mismos pecados de los santos del Antiguo Testamento. Todavía deben confesar su pecado, huir a la cruz y encontrar el perdón y el indulto en la sangre de su Salvador.

Verdaderamente la gloria del hombre es como la flor del campo. Pero la Palabra del Señor permanece para siempre.

## **LOS PUNTOS PARTICULARES DEL MÉTODO GRAMÁTICO-HISTÓRICO**

El Método Gramatical de la Hermenéutica presupone que las Escrituras están escritas en lenguaje humano. Y dado que están escritas en lenguaje humano, las reglas ordinarias del lenguaje se aplican a la interpretación de las Escrituras, así como a cualquier documento escrito. Las reglas de gramática, sintaxis y lógica se aplican al hebreo y al griego de las Escrituras de la misma manera que se aplican a cualquier documento escrito en estos idiomas. Las mismas reglas que se aplican a la *Eneida* de Virgilio se aplican a las Escrituras.

Aunque esta regla puede parecer a primera vista obvia, es la base del gran principio de la Reforma de que el significado literal de las Escrituras es el correcto, una regla que se viola tan evidentemente en nuestros días en un esfuerzo por hacer que el relato bíblico de la creación concuerde de alguna manera con los hallazgos de los científicos evolucionistas. Y dado que el significado literal de las Escrituras es el correcto, el significado simple y obvio de las Escrituras es el significado del Espíritu Santo.

No es necesario entrar en detalles aquí, pero es importante señalar que cuando hablamos del significado literal de las Escrituras, no queremos ignorar el hecho de que las Escrituras contienen miles de figuras retóricas comunes, que el Espíritu Santo se complació en ocasiones en revelar las riquezas de la salvación a través de visiones y sueños con sus muchos símbolos, y que en la antigua dispensación la verdad fue revelada de manera típica. Las Escrituras no son un libro de matemáticas ni una revista científica técnica. No pueden serlo, ya que son el registro infalible de la revelación dada en la historia.

Además, el hecho de que esa revelación haya llegado a la iglesia en la historia significa que llegó de tal manera que todo lo que se dice sobre la revelación se considera desde el punto de vista del lugar que ocupa la tierra en el mundo de Dios y el lugar que ocupa el hombre en la tierra.

Muchos, que están decididos a dar a las Escrituras algún significado diferente al literal, apelan, por ejemplo, a la oración de Josué para que el sol y la luna se detengan sobre Gabaón y el valle de Ajalón. Los críticos superiores se apresuran a señalar que el sol no gira alrededor de la tierra, sino que la tierra está en órbita alrededor del sol. Así, se afirma que Josué estaba limitado por una visión del mundo no científica. Esta apelación es infantil y pedante. ¿Acaso quieren que Josué ore para que la tierra detenga momentáneamente sus revoluciones sobre su eje, que está inclinado 23 1/2 grados con respecto al plano del sol? ¿Expresaría Josué en la fervorosa y urgente de su oración expresiones astronómicas que son científicamente precisas? ¿O no es más acorde con las Escrituras que Josué use expresiones similares a las que todavía usamos hoy en nuestra era científica moderna cuando hablamos del sol saliendo por el Este y poniéndose por el Oeste? Es el sinsentido de la incredulidad el que pensaría de otra manera.

El significado literal de las Escrituras es el correcto. Más vale que así sea, porque si esto no es cierto, el creyente común ya no puede entender las Escrituras que fueron escritas para él. Si el significado literal de las Escrituras no es el significado del Espíritu Santo, entonces la Biblia es un libro cerrado para todos aquellos que no son expertos en los campos de las ciencias naturales, en arqueología, en escritos rabínicos, en el pensamiento pagano y griego antiguo, en las particularidades de la composición literaria, y en cualquier otra cosa que los críticos superiores consideren importante para una comprensión adecuada de un libro complejo.<sup>23</sup> Las Escrituras son un libro abierto para cada hijo de Dios, aunque sea un niño pequeño, cuando el Espíritu de Cristo lo llena.

Una de las bellezas de las Escrituras es el hecho de que contienen diferentes tipos de material literario. Contienen libros históricos, libros poéticos, libros proféticos y libros epistolares. Estos diferentes tipos de géneros literarios tienen sus propias reglas de interpretación dentro de las reglas generales de gramática, sintaxis y lógica. Pero en cada caso están escritos de tal manera que cada hijo de Dios puede entenderlos. ¿Necesita una niña de diez años del pacto entender las reglas de la composición poética para saber lo que significan las Escrituras cuando dicen: “El Señor es mi Pastor; nada me faltará”?

Que la hermenéutica adecuada tenga en cuenta el método histórico significa exactamente que la revelación se da en la historia. Cristo entró en nuestra historia y vivió en nuestra historia. Nació en la historia, vivió,

sufrió y murió en la cruz en la historia, y resucitó de entre los muertos en la historia. Y toda la revelación de Dios, que tiene su punto focal en Cristo, se da en la historia.

Los libros de la Biblia fueron escritos para diferentes personas con un modo de vida distinto, en un tiempo lejano, con un propósito histórico específico. La revelación fue entrelazada en la trama de la historia, pues es el propósito de Dios en Cristo hacer que toda la historia sirva a la gran salvación que será revelada cuando Cristo venga de nuevo. Los Salmos fueron escritos por David, Asaf y otros poetas en Israel para su uso en el templo. Los profetas hablaron de condiciones particulares en la nación de Israel y en las naciones circundantes. Las epístolas fueron escritas a iglesias históricas con los problemas que enfrentaban.

Y todo esto requiere que el creyente fiel de las Escrituras entienda tanto como pueda sobre el contexto histórico de las Escrituras. Le ayudará saber lo que David quiere decir cuando, con sollozos desgarradores, ora: “Lávame con hisopo”, si sabe qué tipo de planta es el hisopo. También ayudará al creyente entender lo que Jesús quiso decir con la parábola de los cuatro tipos de suelo si comprende cómo se sembraba la semilla en Palestina en los días en que el Señor estaba en la tierra.

Esto plantea una pregunta importante. *¿Depende* la comprensión de las Escrituras de tal conocimiento? Los devotos de la crítica literaria e histórica parecen pensar que así es. *¿Debe* un creyente tener un firme dominio de la flora y fauna de Palestina y de la geografía del Cercano Oriente para entender la Palabra de Dios? *¿Es necesario* leer y dominar los *Esbozos de la Vida Social Judía en los Días de Cristo* de Edersheim para entender la parábola de las diez vírgenes? Así parecería si se presta demasiada atención a lo que los eruditos escriben hoy sobre la Hermenéutica.

Pero todo esto es una tontería. Es cierto, por supuesto, que entender estas cosas ayuda a comprender las Escrituras. Pero no es crucial.

Quizás una ilustración ayude a clarificar este punto. Aunque la biología siempre me ha interesado, nunca he tenido el tiempo para dedicarme a un estudio tan exhaustivo que pueda hablar del arce en mi patio delantero con precisión científica. No sé nada sobre las diversas capas en el tronco. No puedo explicar el proceso de fotosíntesis ni las fórmulas químicas involucradas mientras ese arce absorbe agua y dióxido de carbono y, bajo el poder del sol, fabrica azúcar que a su vez se convierte en almidón y se almacena en las raíces. Pero sé que ese árbol es diferente del nogal negro en el patio trasero. Sé que es una hermosa creación de Dios. Sé que sus colores en otoño son magníficos. Sé que proporciona una deliciosa sombra del calor del sol. Sé que puede ser talado y la madera utilizada para construir muchas cosas. Sé que crece más alto cada año. En resumen, conozco ese árbol. Y, lo que es más importante, sé que ese árbol es una magnífica creación de Dios.

Nunca negaría que mi aprecio y conocimiento sobre ello serían aún mayores si entendiera todo lo que el científico sabe sobre ese árbol. Pero me consuelo con el conocimiento cierto de que el biólogo más informado del mundo no sabe todo lo que hay que saber sobre ese árbol. Ni siquiera puede explicar el principio de vida en él que lo hace crecer y florecer. *¿Es necesario* un conocimiento exhaustivo de toda la creación de Dios antes de que podamos saber algo sobre ella? Obviamente no, porque, si ese fuera el caso, no sabríamos nada en absoluto sobre nada hasta que el Señor regrese.

Así es con las Escrituras. No hay duda de que cuanto más se comprende el contexto histórico de las Escrituras, más plenamente se puede *conocer* las Escrituras. Pero las profundidades de las riquezas de las

Escrituras nunca se descubrirán en este lado de la tumba y del regreso del Señor. Sin embargo, tal conocimiento no es necesario para conocer las Escrituras. Un niño pequeño, que apenas puede entender el lenguaje, ya sabe que Dios creó los cielos y la tierra en seis días. Lo sabe con absoluta certeza. Lo sabe como un asombro del Dios que nos dio a Cristo. Así lo sabemos. Y a medida que aumentamos en conocimiento y entendimiento, sabemos más. Pero siempre vemos a través de un cristal opaco. Y solo más allá de la tumba veremos a Cristo cara a cara. Es más importante para mí, que nunca tendré el tiempo para tomar cursos de biología, conocer mi arce como un regalo de Dios para nuestra familia, que entender la fotosíntesis. Es más importante para el santo creyente y confiado de Dios conocer a Cristo crucificado que entender los escritos rabínicos, algo que probablemente nunca tendrá la oportunidad de estudiar.

La hermenéutica es realmente muy simple. Cuando todo está dicho y hecho, es tan simple como recibir las Escrituras como Palabra de Dios, inclinarse con humildad ante ellas, someterse a ellas y dar gracias diariamente por ellas. Entonces estas Escrituras, para cada santo, son una lámpara a sus pies y una luz en su camino.

(Aquellos que quieran hacer más preguntas o comentarios sobre el artículo anterior, pueden escribir al Prof. Herman C. Hanko a: [hanko@prca.org](mailto:hanko@prca.org)).

-----

## NOTAS

<sup>1</sup> La **RFPA está preparando** actualmente un libro para su publicación que contiene una visión reformada de la verdad de la inspiración. Fue preparado originalmente por el profesor HC Hoeksema como una serie de conferencias que se dictaron como un curso electivo en el seminario, que él tenía la intención de preparar para su publicación, pero cuya obra se vio impedida por su partida a la gloria. Se pretende que sea un complemento de la *Reformed Dogmatics* del reverendo H. Hoeksema, actualmente disponible en la RFPA.

<sup>2</sup> Algo similar piensan hoy los defensores de la evolución teísta. Sostienen que la revelación general enseña que la Tierra es antigua y que las criaturas de la Tierra llegaron a existir a través de procesos evolutivos. La revelación especial enseña una visión diferente de los orígenes. Cuando ambas entran en conflicto, surgen problemas. A algunos no les preocupan demasiado estos conflictos y simplemente afirman que los aceptan. Otros tuercen las Escrituras para que encajen en sus teorías evolucionistas y, de ese modo, fuerzan las enseñanzas bíblicas a entrar en el molde de la razón.

<sup>3</sup> *Se puede encontrar una discusión y crítica de esta teoría en el Comentario sobre el Libro del Génesis* del Rev. R. Harbach.

<sup>4</sup> Cf. para una discusión detallada de este tema, mi artículo en *Theological Journal*, Vol. I, No. 2, pp. 27 y siguientes.

<sup>5</sup> Bastiaan VanElderen analiza y defiende este punto de vista en un artículo publicado por Carl FH Henry, ed., *Jesus of Nazareth: Savior and Lord* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Co., 1966), pp. 111 y siguientes. He analizado este punto de vista en el *Theological Journal* of our Seminary en el artículo mencionado anteriormente.

<sup>6</sup> Editorial Zondervan, 1987.

<sup>7</sup> Es interesante que, en el capítulo 2, Longman se refiera a la gracia común como base para aceptar las conclusiones de los críticos superiores. Véase la página 49.

<sup>8</sup> Uno se pregunta cómo Longman puede estar tan seguro de esto.

<sup>9</sup> Lo hacemos porque en estos artículos no nos interesan las negaciones rotundas de la inspiración infalible de las Escrituras, sino el enfoque hermenéutico de quienes afirman confesar la verdad de la inspiración, pero también sostienen alguna forma de crítica bíblica. Esto es de interés primordial para nuestros lectores. Nuestra tesis es que la verdad de las Escrituras y una hermenéutica adecuada no pueden mantenerse si se acepta cualquier *tipo* de crítica bíblica.

<sup>10</sup> Un escritor de este número de *Christianity Today* no estuvo de acuerdo con las críticas a la redacción: Robert Thomas, profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Talbot. Escribió su advertencia en un artículo aparte y no participó en el simposio.

<sup>11</sup> El toque intensamente personal y conmovedor de las palabras “y Pedro” pudo muy bien haber quedado grabado en el alma del discípulo del Señor que lo había negado tan descaradamente y que recibió estas palabras de la boca del Señor resucitado como un bálsamo para su alma herida.

<sup>12</sup> *The Trinity Review*, número 58, noviembre/diciembre de 1987.

<sup>13</sup> La traducción es mía. La cita en holandés está tomada del programa de estudios que se utiliza en nuestro seminario y que preparó el reverendo Herman Hoeksema.

<sup>14</sup> *Christianity Today*, *Op. Cit.*, p.7-I

<sup>15</sup> Cuando aparezca este artículo, la RFPA habrá puesto a disposición un nuevo libro del difunto profesor Homer Hoeksema sobre la doctrina de la inspiración. Este libro está disponible en el Seminario en la dirección que figura en el interior de la portada. Instamos a nuestros lectores a que adquieran este importante libro.

<sup>16</sup> Somos conscientes de que esta declaración, tal como está, debe entenderse a la luz del hecho de que la Escritura abunda en figuras retóricas, símbolos, tipos, parábolas, etc. También somos conscientes de que esta cuestión del significado literal es una de las cuestiones que se debaten entre amilenialistas y premilenialistas. Pero no es nuestro propósito entrar en estas cuestiones aquí. Nuestra declaración sigue en pie.

<sup>17</sup> Aunque nos apresuramos a añadir que, contrariamente a algunos que lo niegan, Abraham ciertamente creyó en esta verdad (véase Hebreos 11:17-19 ).

<sup>18</sup> Wood, A. Skevington, *Captive To the Word*, Grand Rapids, Eerdmans, 1969, p. 150.

<sup>19</sup> *Ibid.* pp.161, 162.

<sup>20</sup> Wood, *op. cit.*, pp.159-161

<sup>21</sup> Nestorianismo es el nombre de una herejía que apareció en el siglo IV y lleva el nombre de su principal defensor, Nestorio. Separa de tal manera las dos naturalezas de Cristo que le atribuye dos personas distintas, una divina y otra humana.

<sup>22</sup> Sin entrar en detalles sobre este punto, llamamos la atención del lector sobre el hecho de que debe hacerse una distinción entre "revelación" e "inspiración". Dios no comenzó a dar las Escrituras a su pueblo hasta el tiempo de Moisés, 2.000 años después de la caída. Pero durante todo ese período anterior a Moisés, Dios se reveló a su pueblo a

través de la promesa de Cristo en la historia sagrada. La revelación siempre precede a la inspiración. Dios se dio a conocer de muchas maneras diferentes (véase *Catecismo de Heidelberg, pregunta y respuesta 19*). Esta revelación fue registrada infaliblemente para la iglesia a través del milagro de la inspiración.

<sup>23</sup> Esto no niega en modo alguno el hecho de que las Escrituras son un tesoro inagotable de verdad, cuyas profundidades no serán sondeadas antes del regreso del Señor. Hemos discutido esto en un artículo anterior cuando tratamos la cuestión de la perspicuidad de las Escrituras.

